

La Ilustración Artística

Año XXVI

BARCELONA 4 DE MARZO DE 1907

Núm. 1.314

OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLE HOY...

cuadro de Nicolás Maes (1630-1696), existente en el Rijks-Museum de Amsterdam

SUMARIO

Texto. — *Crónica de teatros*, por Zeda. — *Pensamientos*. — *Jardines andaluces*, por J. Gestoso y Pérez. — *La limosna*, por J. Pastor Rubira. — *Taller escuela flotante del profesor Wili-Lange*. — *Marruecos. El puerto de Tánger en construcción*, por Guillermo Rittwagen. — *París. Monumento á Goldoni*. — *Nuestros grabados artísticos*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajeques*. — *El miedo á la vida*, novela ilustrada (continuación). — *Los billetes del Banco de Inglaterra*, por un empleado del Banco.

Grabados. — *El pan nuestro de cada día dánoslo hoy...*, cuadro de Nicolás Maes. — Dibujos de Salvador Azpiazu que ilustran el artículo *Jardines andaluces*. — *Inocencia*. — *Ataviándose para el baile*, cuadros de José M.^a Tamburini. — *Hamburgo. El taller escuela para pintores marinistas del profesor Wili-Lange. Los artistas trabajando en el mar*. — *Los artistas trabajando en el taller flotante*. — *Sistema actual de desembarque de mercancías en Tánger*. — *El primer tren que ha funcionado en Marruecos*. — *Depósito de bloques y vista general de los almacenes*. — *Muelle actualmente en construcción en el puerto de Tánger*. — *Planchadoras*, cuadro de Ricardo Brugada. — *En el columpio*, cuadro de Carlos Schultheiss. — *Monumento á la memoria de Goldoni*, obra de Eduardo Fortini. — *Enrique Moissón*. — *Dimitri Iwanovitch Mendelejew*. — *Los billetes del Banco de Inglaterra*. Conducción de los que se imprimen diariamente. — Empleados de establecimientos de banca entregando billetes en el Banco de Inglaterra. — Empleados recogiendo los. — Impresión de los billetes. — Empleados dirigiéndose al Banco de Inglaterra para recoger billetes. — Cremación de los billetes inutilizados y cueva en donde se guardan. — *Barcelona. «La Mare» drama de Santiago Rusiñol. Escena final del primer acto.*

CRÓNICA DE TEATROS

La compañía siciliana que acaba de visitarnos ha sacado de su excursión á Madrid muchos aplausos y muchos bombos, pero muy poco provecho. Y la razón de ello salta á la vista. Las obras todas representadas por la compañía Grasso-Ferraú pertenecen al género popular; retratan, con más ó menos fidelidad, los afectos y las pasiones, los vicios y las costumbres de las clases trabajadoras. Escritas en español esas obras, quizás hubieran despertado el interés de la gente obrera de Madrid, como lo despiertan los melodramas comprimidos, de que han abusado en estos últimos tiempos los autores de género chico. Escritas en lengua extranjera, ¿cómo habían de atraer á nuestro pueblo? A las clases burguesas y aristocráticas, las cuales, si no entender del todo, hubieran podido adivinar algo de lo que se decía en la escena, les divierten poco los lances de taberna, los guantazos y puñaladas de los «sainetes trágicos» que constituyen la especialidad de la compañía siciliana.

Para una gran parte del público que asiste á los teatros «serios», sobre todo para las señoras, los mayores atractivos de los dramas y comedias dependen del mobiliario y de la indumentaria. Cuando se levanta el telón y aparece, verbigracia, un gabinete modernista, amueblado con el buen gusto que tan acreditado tienen María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, ó una *serre* poblada de plantas exóticas, ó un salón decorado con deslumbrante suntuosidad, circula por la sala un murmullo de asombro y no faltan entre los espectadores y espectadoras quienes, más bien que al desarrollo de la acción escénica, atienden á tomar mentalmente notas de aquel lujo y de aquella elegancia para copiarlos mentalmente en sus casas respectivas. En cierto modo, el teatro moderno tiene algo de las exposiciones de los grandes almacenes de muebles. ¿Y qué decir de la emoción que produce una actriz cuando se presenta ataviada con un vestido que le ha costado unos cuantos miles de pesetas, un sombrero que vale unos cuantos centenares de francos?

No censuro yo este lujo escénico, siempre que no sea lo principal en la obra dramática; pero sí creo firmemente que sólo de vez en cuando, y por vía de contraste, podrá cautivar á un público acostumbrado á tales refinamientos del lujo y de la moda el espectáculo que ofrece la copia naturalista de la vida de los pobres. Esto quizás ha sido la causa del desvío que el público madrileño ha mostrado hacia las obras representadas por la compañía Grasso-Ferraú.

Su repertorio peca además de monótono. A excepción de *La figlia di Jorio* y de *Pietra fra pietre*, todos los demás dramas son variaciones sobre el mismo manoseado tema de la infidelidad conyugal, ilustrado con bofetones, puntapiés y puñaladas.

En su drama *La figlia di Jorio*, propúsose D'Annunzio hacer una tragedia rústica con sus puntas y

ribetes de la tragedia clásica. Tuvo esta intención, pero lo que le resultó fué un melodrama truculento y sombrío del género de *La Sorcière*, de Sardou. No produce la obra del poeta italiano terror trágico, sino verdadero horror: en ella se suceden casi sin interrupción las escenas repulsivas, y entre otras frioleras; nos ofrece para deleitarnos un parricidio y los preliminares de dos atroces ejecuciones de pena capital. Hay quien pretende que el espeluznante drama refleja de un modo perfecto el alma colectiva de los Abruzos; pero sin que yo pueda emitir juicio sobre este punto, recuerdo que cuando *La hija de Jorio* se representó en Buenos Aires, la colonia italiana, que es allí numerosísima, protestó indignada contra una obra «que calumniaba el carácter y costumbres del pueblo italiano.»

El público madrileño aplaudió, aunque sin entusiasmo, la obra de D'Annunzio; pero, en rigor, los aplausos más fueron provocados por el mérito de la actriz que desempeñaba el papel de la protagonista, que por los lances y pasos del drama.

Es, en efecto, la señora Ferrau una excelente artista que expresa con admirable verdad los arranques violentos de la pasión, que sabe dar á su movable semblante el gesto de la máscara trágica, y á su cuerpo y á su voz las actitudes y tonos del espanto, la cólera y la desesperación. Otra cualidad tiene la actriz siciliana, cualidad que es, tal vez, la primera entre las muchas que debe reunir el artista escénico: Mimi Aguglia Ferrau cambia asombrosamente de personalidad: es una mujer en la cual hay muchas mujeres. Así lo ha reconocido el público, y á ella, como digo más arriba, se debe principalmente que *La figlia di Jorio* fuera recibida con benévola cortesía.

También al género melodramático pertenece *Pietra fra pietre*, original del célebre dramaturgo alemán H. Sudermann. Hay en esta obra cuanto puede exigirse al más emocionante melodrama: interés de curiosidad, traidor, gracioso, crimen frustrado y á la postre el triunfo de los buenos sobre los malos.

La acción de *Pietra fra pietre* se desarrolla en un medio popular; los personajes, excepto uno, son todos obreros, con sus pasiones, sus rencores, sus virtudes y sus vicios. Sudermann, que, como todo el mundo sabe, es un verdadero autor dramático, lo que se llama un hombre de teatro, ha sabido pintar, aprovechando los procedimientos melodramáticos, que son siempre los predilectos del pueblo, un cuadro verdadero y rico de observación de la vida de los obreros.

Así como en *La figlia di Jorio* tuvo un gran triunfo Mimi A. Ferrau, Grasso, el primer actor de la compañía siciliana, fué objeto de una tan entusiasta como merecida ovación en el papel de Pietro, el protagonista de *Pietra fra pietre*. En punto á verismo no es posible ir más allá: Grasso da en este drama la sensación de la realidad: el actor desaparece, es un hombre, no un personaje fingido; la ficción toma en él todos, absolutamente todos, los caracteres de la verdad. Podrá discutirse acerca de si el arte dramático debe ser una copia fiel de la realidad ó la idealización de ella; razones hay para defender una ú otra teoría; pero lo que tengo por cierto es que, dentro del procedimiento naturalista, la labor de Grasso en el drama de Sudermann llega á los límites de lo insuperable.

Después de las representaciones de *Vida y dulzura*, la empresa del teatro de la Comedia ha vuelto á las andadas, esto es, ha vuelto á sus traducciones. La última que allí se nos ha servido es la de una comedia *vaudevillesca*, original de MM. Robert y Cailles, titulada *Miquette y su mamá*, y vertida al castellano por Gil Parrado, pseudónimo del excelente escritor Antonio Palomero.

No es *Miquette y su mamá* una obra maestra, pero cumple satisfactoriamente el propósito de sus autores, que es el de deleitar decorosamente al público. Falta en ella—es cierto—esa verosimilitud de pormenores en que algunos criterios estrechos y miopes creen que estriba todo el mérito de las producciones teatrales. Según ellos, el autor tiene derecho á aburrir al público, siempre que le aburra sin faltar á las minucias de una verosimilitud que en todo caso tiene que ser muy relativa. Yo recuerdo haber leído en la crítica de no sé qué comedia ásperas censuras á una actriz porque se presentaba en escena, después de haber caminado por el campo en un día lluvioso, sin traer manchadas de lodo las suelas de los zapatos.

No; esta verosimilitud ruin y menuda y tan fácil que está al alcance de todas las fortunas, significa y vale bien poco. Sobre ella está la verdad de los afectos y pasiones, la expresión exacta de los caracteres, la pintura viva y animada de las costumbres. Poco nos importa, verbigracia, la inverosimilitud de muchos incidentes y escenas de la comedia de Molière *Le bourgeois gentil-homme*, al lado de la honda verdad que encierra aquella graciosísima sátira que lo mismo que á la sociedad de los tiempos de Luis XIV puede aplicarse á las sociedades contemporáneas nuestras. Inverosímiles son casi todos los pasos, episodios y peripecias que forman el tejido un tanto monótono de nuestras comedias de capa y espada; mas á pesar de tal inverosimilitud, esas comedias nos dan á conocer la vida de España en el siglo XVII mejor y de un modo más verdadero que las graves narraciones históricas.

El desarrollo de la acción de *Miquette y su mamá* es, en efecto, un tanto caprichoso. Los autores, más que á justificar los cambios de situación de los personajes, atienden á expresar las debilidades, ridiculeces, los sentimientos superficiales de la sociedad parisiense de nuestros días. A veces la obra toma el carácter de comedia sentimental, á veces desciende á las extravagancias del *vaudeville*; pero al través de ciertas infracciones de la lógica, lo mismo en la marcha de la acción que en lo relativo á la unidad é integridad de los caracteres, échase de ver tanta fuerza satírica, tantos rasgos verdaderamente cómicos, tan ingeniosas observaciones, que bien puede absolverse á los autores de *Miquette y su mamá* de los defectos que dejo apuntados.

Sin duda está latente, lo mismo en los autores que en el público, el sentimiento de protesta contra la literatura tediosa y pesimista que hasta hace poco tenía invadidos nuestros teatros, cuando en el espacio de poco más de un mes se han estrenado y aplaudido *Vida y dulzura*, *El genio alegre* y *Los buhos*, obras las tres que coinciden en el propósito de exaltar la alegría de vivir.

De ellas, la que ha tenido menos fortuna ha sido la última, en parte por la escasa novedad del asunto (y no por culpa de su autor, puesto que su comedia estaba ya escrita cuando se estrenaron las otras dos), en parte también porque el temperamento de Benavente más se inclina á la tristeza que á la alegría. Sea lo que fuere, lo cierto es que el ilustre autor de *Lo cursi* y de *Hojas de otoño*, no estuvo tan afortunado esta vez como lo ha estado tantas otras.

En Lara, Benavente también nos acaba de dar nueva muestra de su agudo y delicado ingenio en un diálogo que la Valverde estrenó, con gran éxito, la noche de su beneficio. De la tibieza con que días antes fué acogida la comedia titulada *Los buhos*, quedó largamente indemnizado el autor con los calurosos aplausos con que fué saludado su diálogo *La abuela y la nieta*.

ZEDA.

PENSAMIENTOS

La verdad es un depósito como la riqueza. No somos, por decirlo así, más que sus tesoreros: la adquirimos para repartirla.

J. SIMON.

Un pueblo que se alcoholiza es un pueblo que se debilita; un pueblo alcoholizado es un pueblo á punto de desaparecer.

DR. LEGRAIN.

Perder el tiempo es cometer un verdadero suicidio.

YOUNG.

El que se arrepiente es como el que no ha pecado.

MAHOMA.

No permitas que tu lengua se adelante á tu pensamiento.

QUILÓN.

La felicidad no se da, se cambia; nuestra felicidad viene siempre de otro.

CONDESA DIANA.

Nada en el mundo es objeto de mayor admiración que un hombre que sepa ser desgraciado valerosamente.

SÉNECA.

Obra de modo que la máxima de tu voluntad, es decir, la regla á que obedezcas, pueda revestir la forma de principio de legislación universal.

KANT.



JARDINES ANDALUCES

JARDINES ANDALUCES. — En el Alcázar de Sevilla

Si hemos de creer la palabra de los historiadores árabes del siglo XIII, ya por los años de 1237 debían de ser famosos nuestros jardines, por cuanto Ben Saïd, en su Descripción de España y Africa, dice: que de las provincias de Andalucía reunidas á su imperio del Magreb hicieron ir los emires almohades Lusef y Jacub el-Mansur, no sólo los arquitectos directores de las construcciones mandadas levantar por aquéllos en Marruecos, Rabat, Fez y Mansuriah, sino también—añade—artífices y pintores y jardineros andaluces son los que trazan los planos de los edificios ó los que los copian ateniéndose á los monumentos de su país.

¿Sería posible reconstituir, imaginativamente, alguno de aquellos tan famosos jardines que embellecían los alcázares y artísticas mansiones de los árabes andaluces, de que quisieron obtener copias los africanos para buscar en ellos los orígenes de los que aún nos quedan? Por lo menos podríamos intentarlo, pues contaríamos para hacerlo con una base muy fehaciente, como lo es en este caso la disposición y traza de los característicos jardines del Alcázar de Sevilla, cuya original disposición delata desde luego su antiguo abolengo.

Claro es que, para nuestro intento, están de más las construcciones que en ellos se llevaron á cabo en tiempo de los Felipes, que detienen al visitante, en forma de galerías, portadas, verjas, etc.; todo esto hay que dejarlo á un lado por anacrónico, y buscar en el conjunto y en detalles que se escapan á la mirada del turista, los datos en que tenemos que apoyarnos.

Llaman desde luego la atención, en los jardines del Alcázar sevillano, las diferencias de nivel de sus verdaderos pensiles, pues desde el primer plano al último, hay muchos metros de diferencia; de manera que vistos en total, desde el punto más elevado, recréase la vista, no sólo con la diversidad de alturas, sino con la de formas y vegetación. A esto obedece que cada una de dichas partes fuese conocida antiguamente con su nombre especial, y así decían: el jardín del León, de la Gruta de la Dama de Troya, del Príncipe, de las Damas, etc., pequeños todos ellos, pero que, reunidos, forman todavía un gran conjunto. Los mirtos y arrayanes, el boj y el romero festoneaban sus calles: las palmeras y los alerces movían sus ligeras copas acompasadamente al ser acariciadas por las brisas; los alhelíes, nardos y albahacas embalsamaban el aire, y los surtidores de agua, brotando de las tazas de mármoles ó de las fuentejillas de policromados brillantes azulejos, refrescaban el ambiente en las caliginosas tardes de verano. La simetría, que no siempre puede considerarse como cualidad artística, faltaba por completo en nuestros jardines de antaño, así como las cuidadas canastillas y *corbeilles* de los modernos, con sus perfiles y guarniciones de cactus y cinerarias, sus grupitos de plantas y sus recortes. En vez de estos alambicamientos,

si se nos permite la frase, dejaban nuestros abuelos crecer á su sabor los jazmines y la madreselva, que trepaban por los gigantescos laureles ó se enredaban en las adelfas blancas y de color de rosa; los rosales, con sus infinitas variedades, desplegaban su lozanía al lado de las azucenas, y todo tenía el encanto de lo vario y espontáneo, de lo sencillo, de lo natural, sin que la mano del hombre hubiese tratado de alterar la obra sin igual del Creador.

Para buscar alivio á los rigores del estío, imaginaron jardines de verano, de cuya antigua, tal vez primitiva estructura, quedan restos considerables en el Alcázar sevillano, y á estos nos referimos al decir que contamos con detalles exactos que se escapan á la mirada del turista. Llamábase jardín del Crucero á uno que existió en el más bajo nivel de los que hoy quedan, el cual tenía la forma de una T con sus trazos horizontales del mismo tamaño. Sus altos muros estaban revestidos de naranjos y limoneros, que iban dirigiendo y acomodando á las paredes, dejándolos luego crecer á la terminación de aquéllas, para que uniéndose los de uno y otro lado formasen á manera de bóvedas de verdor, esmaltadas con sus frutos rojos y amarillos. Otras partes de los mencionados muros hallábanse enriquecidas con pinturas, representando escenas de caza, ó de los deportes á la sazón en boga; asientos de azulejos corrían de trecho en trecho, convidando al descanso, é infinidad de surtidores brotaban por todas partes, aumentando la frescura de tan delicioso paraje el gran estanque que hoy llaman los *cicerones* baño de D.^a María Padilla.

Los juegos de agua corrían por debajo de todos los paseos, y á una señal dada, surgían del suelo en todas direcciones finísimos y altos surtidores que mojaban de los pies á la cabeza al distraído visitante. Aún quedan también restos de una fuente, en la cual una figura, según dice un antiguo escritor sevillano, tocaba una trompeta por la fuerza que el agua le suministraba con «soberano ingenio.»

El jardín del Laberinto era uno de los más famosos; pues como su nombre indica, el que se aventurase á penetrar solo, sin guía, corría el riesgo de no salir de sus estrechas calles, antes buscando pronto escape, más y más se internaba en él.

Los que podríamos llamar muros del Laberinto estaban formados de arrayanes fuertes, altos y tupidos, que imposibilitaban darse cuenta del sitio en que el extraviado se encontraba, y para interrumpir la monotonía de tan grandes macizos, erguíanse á trechos figuras gigantescas de hombre ó de mujer, formados asimismo de arrayanes, con sus cabezas y manos de madera pintadas á lo vivo, simulando moros, guerreros y personajes.

¿Qué decir de los muchos cenadores que por do-

quiera se alzaban, cuyas cúpulas de tejas vidriadas de azul, verde y blanco sobresalían entre la masa obscura de los naranjos, deslumbrando la vista con los resplandores que irradiaban al ser heridas por el sol? Habíalos de diversas formas, proporciones y ornatos; y aún existen, ofreciendo en sus interiores, ya ricos alicatados, ó pinturas en sus muros; techumbres de moriscas lacerías, enriquecidas de oro y de colores; frisos de yesería y pavimentos de ladrillos combinados con azulejos, ó bien de mármoles, en cuyo centro no faltaban las amplias tazas destinadas á recibir el agua que incesantemente lanzaban los finos surtidores de bronce.

Prestaban, ciertamente, un tinte melancólico á tan risueños jardines los altos y elegantísimos cipreses, tan frecuentes entonces, como hoy injustamente desdénados; los cuales, ó bien dejaban crecer libremente, ó colocándolos pareados, uníanlos por sus extremos, formando arcadas, como se ven en la Alhambra y en el Generalife.

El gusto del Renacimiento, ya en el siglo XVI, influyó, como era natural, en la jardinería andaluza, aumentando sus esplendores con las ricas portadas, monumentales fuentes, estatuas y vasos, que nuestros magnates hacían venir de Italia, deseosos de emular en magnificencia con los esplendores que habían visto en las suntuosas *villas* romanas.

Trasunto ya de aquéllas debieron ser, á juzgar por las descripciones que nos quedan, los jardines que los Duques de Alcalá tuvieron en su palacio, á que el vulgo llama Casa de Pilato, y en la famosa Huerta del Rey, también en esta ciudad.

Todavía se conservan en el primero muchas estatuas, bustos y columnas, procedentes en su mayor parte de la antigüedad clásica de España y de Italia; y en cuanto á los de la famosa Huerta, entre los pormenores que llamaban la atención, había un estanque navegable, y un amplio cenador con alto y bajo, donde concurrían las damas y caballeros invitados por el Marqués de Tarifa, para solazarse en los días de invierno ó en las noches del estío.

Famosos fueron también los jardines que el Duque de Medinasiona D. Manuel tuvo en su palacio de Sanlúcar de Barrameda, en el primer tercio del siglo XVII; los cuales, plantados en la falda de un montículo, formaban verdadero pensil, con muchedumbre de plantas y flores exquisitas, risueñas fuentes y peregrinas estatuas, de mármol unas, y otras, como la del Laberinto de nuestro Alcázar, vestidas de murtas y arrayanes, no faltando, por supuesto, los frondosos naranjos y los cipreses, y los que poseyó el de Arcos en su hoy arruinado palacio de Marchena. Las huellas de aquel gusto no se han extinguido por completo, y todavía quedan en Sevilla algunas casas,

como la del Duque de Alba, cuyos jardines ofrecen sus calles limitadas por altos y oscuros bojés y romeros, sus palmeras y cipreses, sus fuentes de azulejos, sus viejos rosales de todos matices, sus infinitos tiestos vidriados, conteniendo albahacas y nardos, todo criándose libremente, con toda la fuerza de la vida que les presta nuestro ardiente sol, y que fertiliza el constante riego, facilitado por los grandes estanques, en que rebosan las aguas que vienen de los ricos veneros alcalaños. A cada paso y en cada rincón hallan el poeta y el artista detalles que les sorprenden. La apacible amenidad que los rodea, los encantos de la naturaleza en toda su plenitud, cautivan la vista, al par que recrean el espíritu; y cuando á la caída de la tarde vagamos por las solitarias calles, en medio del profundo silencio, tan sólo interrumpido por el murmullo de las fuentes, por el leve rumor de las hojas ó por el zumbido de los insectos, experimentamos una indefinible impresión, tal vez de tristeza ó de vaga melancolía, que no hay palabras para traducirla, para darle forma en nuestro lenguaje, pero que el alma recibe y guarda en su más recóndito seno y con ella amorosamente se deleita, dando vida á esas imágenes de color de rosa, recuerdos de los días juveniles, memorias de un pasado que no volverá jamás.

El encanto de vaga tristeza, de poética melancolía que nos despiertan los que podríamos llamar grandes jardines, siéntese también en los de muchas casas de nuestros barrios extremos, que por sarcasmo de la suerte fueron edificadas por magnates, y que convertidas al presente en viviendas de vecinos, conservan no pocos rasgos de su antigua fisonomía; y como no hay andaluza que no ame á las flores, hasta el más pequeño espacio terrizo en que puedan formar un jardincillo lo aprovechan con tal objeto. ¡Y vaya si aprovechan el terreno! Alrededor de los muros corre el rústico arriate en que plantan rosales y jazmines, heliotropos y lilas; en los muros improvisan maceteros sirviéndose de tejas de angilones desechados, que rebosan de claveles en la primavera: al pie del brocal del pozo, en tiestos de todas formas y tamaños, en viejas latas pintarrajeadas de azul ó de amarillo, crecen lozanas las albahacas y los ranúnculos, mientras que por el enmohecido pescante de hierro sube enredando sus retorcidos tallos la dama de noche, la madre selva ó el caracol real; y cajones desvencijados, por entre cuyas juntas brotan los dragoncillos ó los linos, y el tonelillo, que ha roto sus cinchos de mimbre, en que viven lozanas las adelfas blancas y de color de rosa; en suma, no hay recipiente que deje de utilizarse, y su misma variedad y la exuberancia de flores que contienen dan un aspecto encantador á estos pobres jardines en que tienen puestos sus cinco sentidos las muchachas de la casa, más pintorescos y artísticos sin duda que muchos lujosamente cuidados.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujos de Salvador Azpiazu.)

LA LIMOSNA

Cuando los dos ancianos llegaron á aquella desierta plazoleta del Retiro, casi oculta por el espeso ramaje de los árboles, D. Anselmo señaló un banco de piedra encuadrado en un extremo y dijo á su amigo: —Allí.

Y tomaron asiento.

Durante un rato no hablaron palabra; parecían como embebidos en la contemplación de aquel atardecer plácido y soñoliento, que iba esfumándose, poco á poco, en la lejanía gris.

D. Anselmo rompió el silencio:

—Este es mi retiro predilecto; desde hace muchísimos años vengo aquí todas las tardes, y sentado en este mismo banco, paso una hora ó dos, que son, acaso, las únicas en que me siento verdaderamente feliz. ¡Es tan agradable todo esto!.

Y sin que pudiese evitarlo, sus ojos se humedecieron y por sus mejillas resbalaron dos lágrimas.

—He sabido, me dijo con cierta dulzura, que os amáis y es preciso que esto acabe inmediatamente. Yo reconozco que Elena es una buena muchacha y que acaso te hiciera feliz; pero circunstancias que no hay necesidad que conozcas me obligan á rogarte que rompas ese lazo.

Como si esto hubiese sido presagio de cosas peores, á los tres ó cuatro días llegó á Mural un pariente de los padres de Elena, hombre de gran fortuna, que había corrido, según se decía en el pueblo, las cinco partes del mundo. Con la llegada de este señor coincidió una carta de Elena en la que, seca y escuetamente, me comunicaba que su padre le había prohibido en absoluto siguiesen adelante nuestras relaciones y que, por tanto, era forzoso dejar de vernos.

No puede usted imaginarse lo que yo sufrí al leer aquellas cuatro líneas mal trazadas. ¿Es que Elena había dejado de amarme? ¿Es que no me amaba lo bastante para arrostrar los inconvenientes de nuestra situación, ó es que, mujer al fin, había vendido su corazón á las promesas de su rico pariente? El corazón humano, amigo D. Inocencio, es una paradoja incomprendible. ¿Querrá usted creer que en aquel momento, aun adorándola con toda el alma, la hubiera ahogado entre mis manos? Y sin embargo, ¡qué injusto, qué cruel fui juzgándola de aquel modo!

Así, en esa incertidumbre angustiosa, pasó un mes, dos, tres, ¡no sé cuántos! Calmado ya el primer arrebato y no pudiendo acostumbrarme á la idea de vivir sin verla, le escribí una carta muy larga, relatándole mis martirios, mis noches de insomnio, mis ansias de hablarle á todo trance y oír de sus labios que aún seguía amándome y que mis sospechas respecto á su doblez eran infundadas. ¡En vano esperé contestación! Por el contrario, al poco tiempo circuló por el pueblo la noticia de que Elena se casaba con el pariente de su padre. Desesperado, loco al saber la infausta nueva, procuré verla... ¡y la vi! Lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. Fué una mañana muy temprana;

el sol empezaba á despuntar tras el alero de un tejado, y el viento, un cefrillo fresco y agradable que olía á rosas, jugueteaba en los árboles. Cuando me acerqué á ella, su rostro se encendió en un carmín muy vivo, temblaron sus labios y su cuerpo vacilaba como si fuera á caer.

—Elena..., ¿es verdad que te casas?

Levantó los ojos, los clavó en mí de un modo indefinible y gimió con acento de dolorosa resignación:

—¡Sí, es verdad!

—¡Es verdad! ¿Luego ya no me amas?

Y como si el dolor que expresaba mi voz le hubiese herido el corazón, se irguió rápidamente, se acercó más á mí y me dijo:

—¡Anselmo! ¿Crees que puedo dejar de amarte? Ahora, más que nunca, comprendo la inmensidad del amor que siento por ti. Pero es preciso olvidarlo todo; por tu tranquilidad, por la mía, te suplico que sea esta la última vez que nos veamos.

Aquel mismo día salí de Mural, sin rumbo, al azar, como un cadáver que flota en el Océano á merced de las olas.

Durante muchos años viajé sin tregua, sin descanso, con esa febril ansiedad del naufrago que busca el puerto de salvación, perdida ya la noción del tiempo y de las cosas. Fué aquel un vértigo, un fenómeno cataléptico que me llevó á la ruina.

Cuando desperté me hallé lejos de mi patria, sin amigos y casi sin dinero. Entonces me acordé de Mural, de mi padre y de Elena; y cuando quise inquirir noticias de ellos, supe que mi padre había muerto arruinado y que Elena, después de casada



JARDINES ANDALUCES. — El jardín del pobre

—¿Acaso estos sitios despiertan en usted algún recuerdo?, preguntó D. Inocencio á su amigo, movido, más que por curiosidad, por un vivo sentimiento de compasión.

—Sí, amigo mío; ¿á qué negarlo? Todo esto que nos rodea despierta en mí recuerdos muy felices. ¡Es una historia muy larga y muy interesante!

Se acercó cuanto pudo á D. Inocencio, estrechó sus manos con fuerza, y como si hubiera sentido en el corazón una alegría muy grande, continuó:

—Es la primera vez que me decido á contar estos episodios de mi vida; ¿á qué negarlo? Todo esto que nos rodea despierta en mí recuerdos muy felices. ¡Es una historia muy larga y muy interesante!

Por antiguos resentimientos de familia, que nunca llegué á comprender, el padre de Elena y mi padre se odiaban encarnizadamente. Esto lo sabía todo el mundo en Mural del Campo, y Elena y yo no lo ignorábamos tampoco. Pero usted sabe que existe una ley natural que empuja á los seres á apetecer todo aquello que les está prohibido. Y como Elena era para mí lo prohibido y yo lo era igualmente para ella, empujados sin duda por la ley natural de que le he hablado, Elena y yo sentimos necesidad de amarnos... y nos amamos con alma y vida.

Al principio, nadie, ni aun nuestros padres, parecían preocuparse de nuestros amores; y el tiempo pasaba para nosotros risueño y alegre. Un día mi padre me habló de Elena.

con su pariente, se había marchado de Mural. Con el alma enferma, completamente inútil para las luchas de la vida, volví á España, dirigiéndome á Madrid.

Una tarde, agotado ya hasta el último céntimo, mísero y andrajoso el traje, después de vagar durante todo el día por las calles de la corte acariciando la idea del suicidio, vine á parar á este mismo sitio. La luz brillaba tranquila é indecisa en el cielo; el sol empezaba ya á declinar y en las copas de los viejos álamos los pájaros cantaban la oración de la tarde. ¡Fueron aquellos los momentos más solemnes de mi vida! Cuando, con la idea puesta en Dios y en mi Elena, empuñé con ansia el arma criminal, llegó á mis oídos el sonido de una voz infantil, dulce y acariciadora como un trino. No he podido nunca explicarme lo que entonces pasó por mí; pero recuerdo que el revólver se me cayó de las manos, una oleada extraña hizo latir mi corazón con fuerza y mis nervios vibraron en un sacudimiento brutal. Cuando alcé la vista, vi que una señora enlutada cruzaba la plazoleta, y tras ella una niña, que corría y saltaba, alegre y feliz. Ante aquel cuadro, pletórico de vida y juventud, la idea del suicidio se borró en mi pensamiento y sentí deseos de vivir y de alimentar mi estómago. Entonces llamé á la niña, acaricié con deleite las rizadas trenzas de su cabellera rubia y le pedí una limosna. La niña, entre asustada y compasiva, se alejó corriendo al lado de su madre, señaló á este banco y le dijo con infantil desenvoltura:

—Mamá, ¿quieres que le demos una limosna á aquel caballero? ¡Pobrecito! Me ha dicho que no ha comido en todo el día.

La señora besó á la niña con júbilo, abrió el por-

—¡Elena!
¿Comprende usted, amigo mío? Dios se apiadaba de mí, enviándomela á tiempo de impedir la eterna perdición de un alma cristiana.



Inocencia, cuadro de José M.ª Tamburini. (Salón Parés.)

—Toma, pobre mendigo del amor; aquí tienes la limosna por que has suspirado tanto tiempo.

tamonedas y avanzó. No recuerdo haber experimentado en mi vida una emoción parecida á la que experimenté en aquellos instantes. ¡Y es que el corazón tiene revelaciones misteriosas que jamás podremos comprender!

Cuando la señora estaba ya junto á mí, cuando iba á alargar el brazo para darme la limosna, dos gritos, salidos del fondo del alma, dos alaridos de alegría inmensa rompieron aquel silencio augusto:

—¡Anselmo!

—¿A qué contarle á usted lo inmensamente feliz que fui á su lado? Mientras ella vivió, todas las tardes, á esta misma hora, veníamos aquí á recordar el triste prólogo de nuestra venturosa historia. Ahora ya, muerta Elena, ausente su hija, ¿á quién, mejor que á este banco de piedra, puedo dedicar el amor de mis últimos años?

Las cosas, como las personas, tienen también, amigo mío, derecho al culto de la adoración.

J. PASTOR RUBIRA.



Ataviándose para el baile, cuadro de José M.ª Tamburini. (Salón Parés.)

TALLER-ESCUELA FLOTANTE DEL PROFESOR WILI-LANGE

El mejor maestro para los que al cultivo del arte se dedican es la naturaleza. ¿Quiere esto decir que sea el único? De ningún modo; pero es indudable que quien a la naturaleza no se acerque, quien no la estudie con ahinco, quien no sepa sentirla con amor sincero, difícilmente podrá ser artista en la verdadera acepción de la palabra, por muy aprendidas que se tenga las reglas académicas y por grande que sea su conocimiento de todos los recursos técnicos.

Es conveniente, necesario, mejor dicho, que el artista posea una base de estudios que sólo en las aulas de las escuelas se adquiere; que antes de lanzarse a la palestra se provea de las armas indispensables y se ejercite en las enseñanzas de buenos maestros; mas si luego se encierra en su taller, si rehuye ponerse en contacto directo con la belleza viviente, si sólo se deja guiar por su imaginación ó se fía únicamente de sus recuerdos, su obra no podrá emocionarnos, porque le faltará para ello el requisito esencial, es decir, el haberle antes emocionado á él mismo. El modelo copiado en el estudio, siempre adolece de artificio; el paisaje inventado, aunque lo haya sido teniendo á la vista los cuadros más hermosos, ha de ser forzosamente frío,

convencional. Por esto resulta tan admirable la definición que del arte dió Zola, cuando dijo que es

tor ó el escultor más se han aproximado á la verdad. Y si en algunos períodos se ha impuesto el academismo, el predominio de la regla rígida, de los intangibles cánones, no ha tardado el buen sentido en arrollar las intransigencias y en proclamar de nuevo el imperio de la naturaleza.

Nos ha sugerido las anteriores reflexiones una escuela originalísima que funciona con gran éxito en Hamburgo. Trátase, como puede verse por las fotografías adjuntas, de un taller flotante instalado en un barco por el reputado profesor Wili Lange. Tiempo hace que afamados maestros paisistas dan sus clases al aire libre, ora en un bosque, ora en un prado, ya en lo alto de un monte, ya á la orilla de un río. El ciudadano pintor hamburgués ha querido proporcionar iguales ventajas á los que se dedican á la pintura marinista, á fin de que estuvieran en más directo contacto con el mar y pudieran sentir más intensamente los temas que con el mar se relacionan.

La idea merece el mayor elogio y los resultados obtenidos no pueden ser más halagüeños. De esperar es que el ejemplo cunda, lo cual redundará necesariamente en beneficio del verdadero arte.—S.



HAMBURGO. — EL TALLER-ESCUELA PARA PINTORES MARINISTAS DEL PROFESOR WILI LANGE
LOS ARTISTAS TRABAJANDO EN EL MAR. (De fotografía de Carlos Trampus.)

«la naturaleza vista al través de un temperamento.» Si analizamos las obras más bellas que el arte de todos los tiempos ha producido, observamos que las que más nos impresionan son aquellas en que el pin-

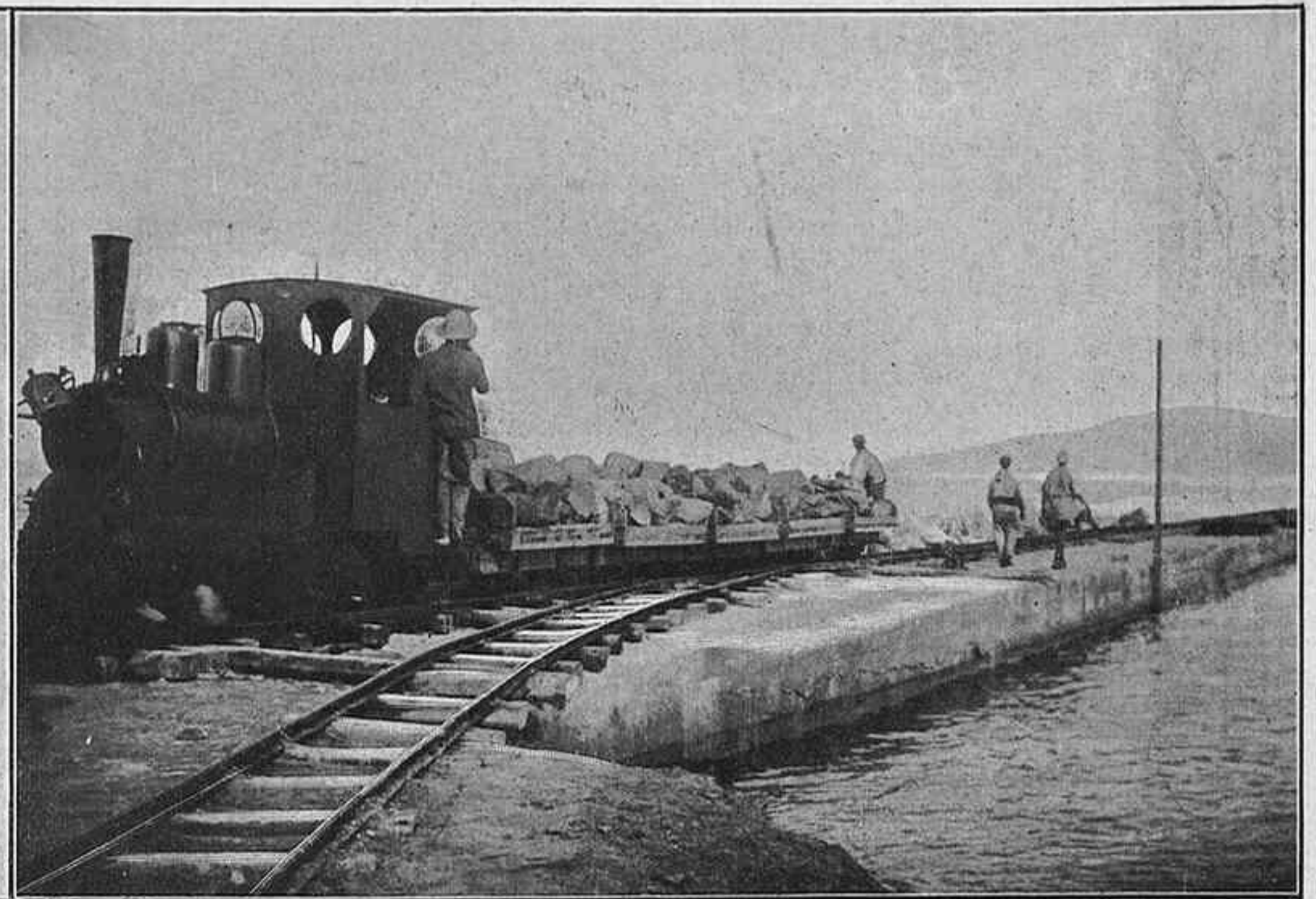


HAMBURGO. — EL TALLER-ESCUELA DEL PROFESOR WILI-LANGE. — LOS ARTISTAS TRABAJANDO EN EL TALLER FLOTANTE. (De fotografía de C. Trampus.)

MARRUECOS.—EL PUERTO DE TANGER EN CONSTRUCCIÓN



SISTEMA ACTUAL DE DESEMBARQUE DE MERCANCÍAS EN TÁNGER



EL PRIMER TREN QUE HA FUNCIONADO EN MARRUECOS

La construcción del puerto de Tánger por la empresa constructora alemana de Franckfort Philipp Holzmann y C.^a, puede considerarse como uno de los éxitos oficiosos de aquella célebre embajada que presidió el conde de Tattenbach, y que tan ruda lucha libró en Fez, por anular la influencia francesa, que de resultados del acuerdo anglo-francés, pretendía avasallar Marruecos.

Desplegando el gobierno marroquí una actividad poco corriente, otorgó á Tattenbach concesiones para Alemania, que en otras ocasiones hubiese sido imposible del todo pretenderlas siquiera.

La construcción de los puertos de Tánger y Larache, que ambicionaban varias casas francesas, fué concedida á los alemanes, cuya influencia aumenta rápidamente y cada vez más y más.

Las obras del muelle de Tánger se presupusieron en 1.750.000 francos, y antes de cumplirse el año de la ida de Tattenbach á Fez, ya se había puesto la primera piedra, trabajándose febrilmente, después de haber procedido, de modo rápido, á los inevitables estudios preliminares.

La casa Holzmann hizo traer de Alemania maquinarias de las más perfeccionadas con que cuenta la floreciente industria alemana, é hizo venir brigadas de obreros alemanes, ya prácticos en las múltiples operaciones y trabajos complicados que requieren las obras de un puerto. También hizo venir una instalación férrea, para el servicio de las canteras

de piedra, y la locomotora y tren de piedras que arrastra figurará en la historia de la civilización en Marruecos, bien precaria á la verdad hasta hoy, como la primera que circuló en este

pletar con brigadas de obreros españoles y moros también. Y en honor de nuestros modestos compatriotas, diremos que la casa Holzmann está tan contenta del trabajo que realizan, que quedarán permanentemente al servicio de dicha casa, que realiza toda clase de obras públicas en todas partes del mundo. Probablemente luego que terminen el puerto tangerino, que quizás será de aquí á un año, todos los ingenieros y obreros escogidos irán á trabajar en el gran ferrocarril de Bagdad, que también realiza la casa Holzmann.

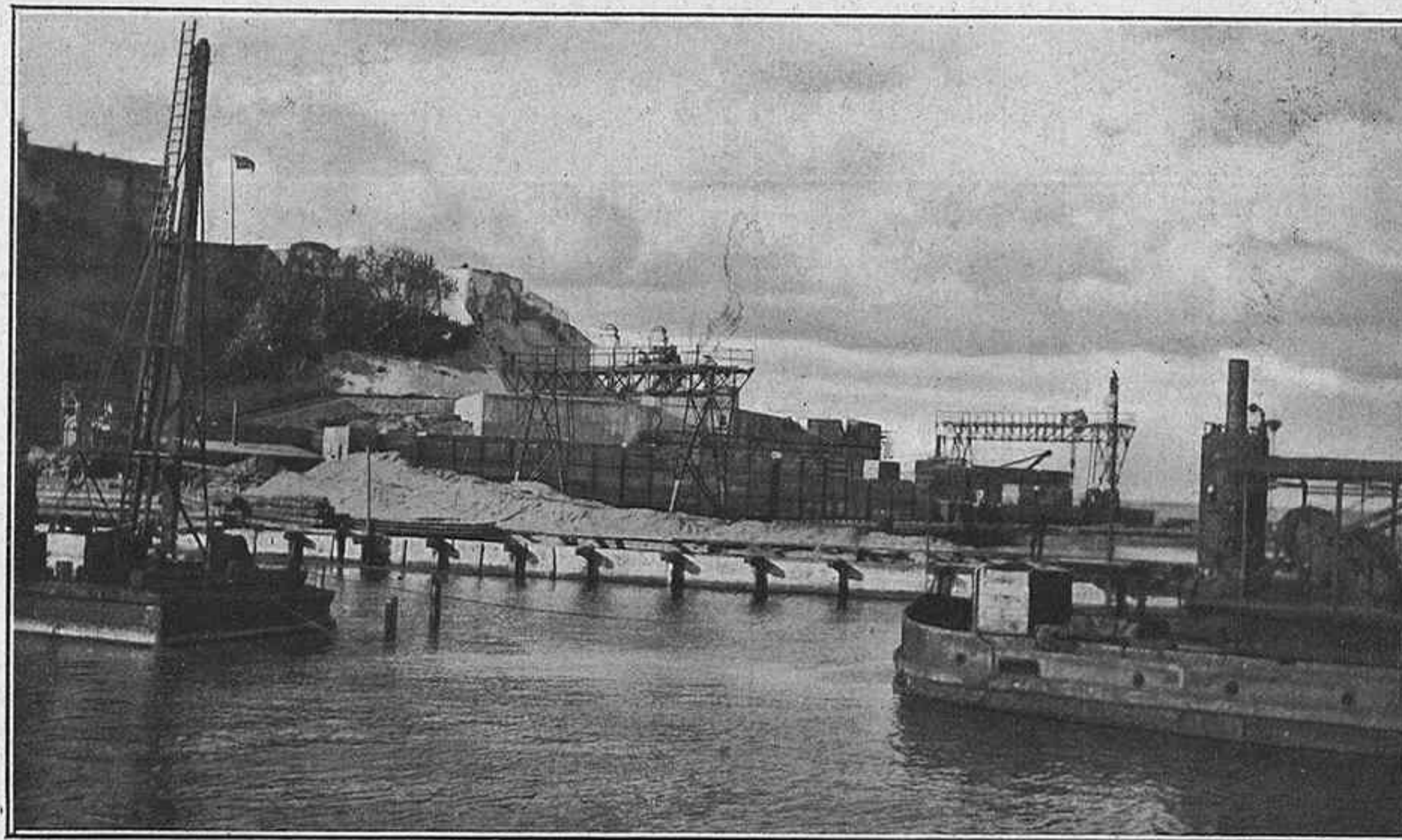
En conjunto, son más de 300 los obreros internacionales que trabajan en el puerto de Tánger, pues á más de los alemanes, españoles y moros, hay también algunos italianos, judíos y muy pocos franceses; esto es, hombres de todas razas, colores, lenguas y religiones.

La necesidad que se hacía sentir en Tánger por la carencia de puerto, se puede colegir por una de las fotografías que demuestra el modo bien trabajoso de desembarque de mercancías, que tienen que ser conducidas á hombros de los descargadores tangerinos.

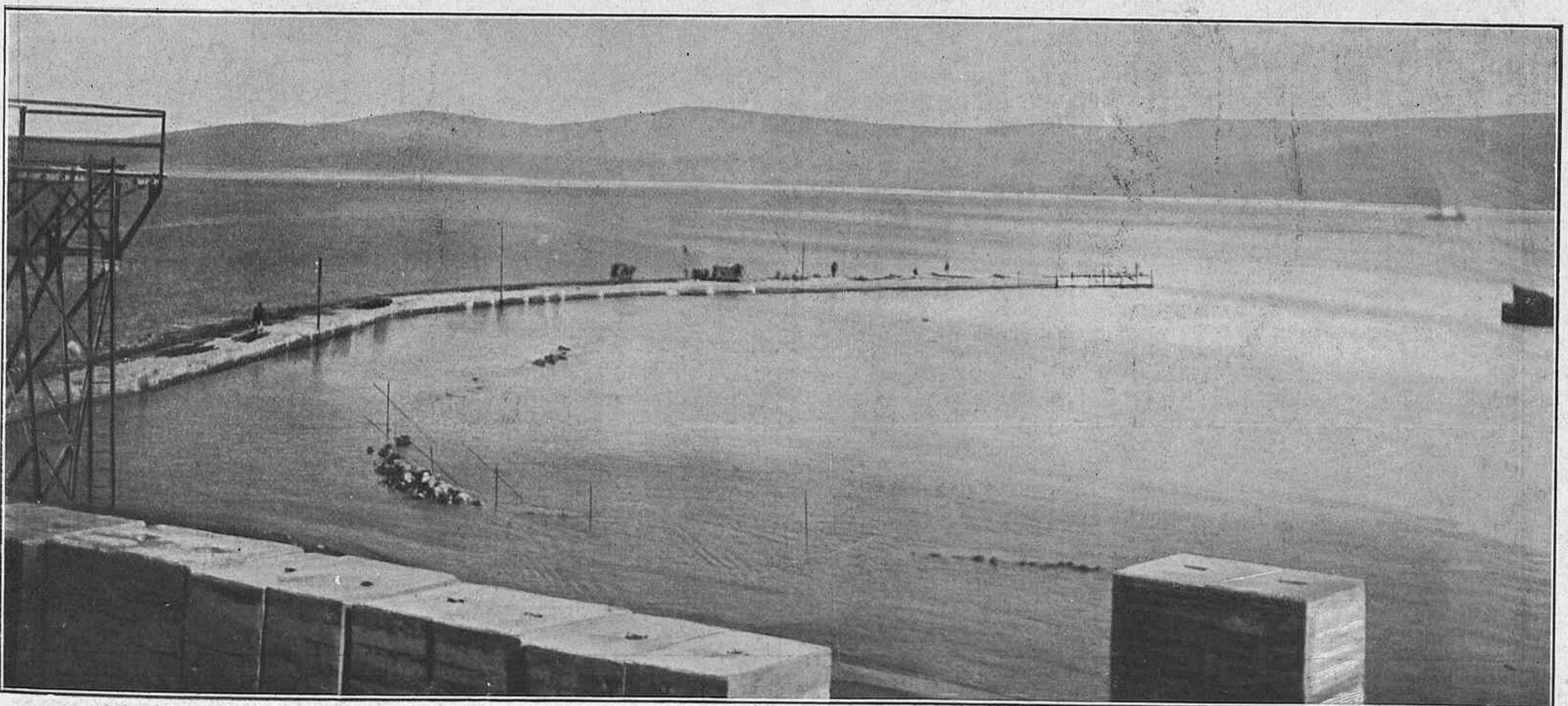
El puerto de Tánger marca el movimiento iniciador de la civilización en Marruecos, y por tal concepto felicitémonos de que las seculares puertas de la media luna en el imperio cheriffiano se hayan abierto de par en par, dejando avanzadas civilizaciones europeas.

Tánger. Febrero, 1907.

GUILLERMO RITTWAGEN.



DEPÓSITO DE BLOQUES Y VISTA GENERAL DE LOS ALMACENES



MUELLE ACTUALMENTE EN CONSTRUCCIÓN EN EL PUERTO DE TÁNGER (Fotografías de Guillermo Rittwagen.)



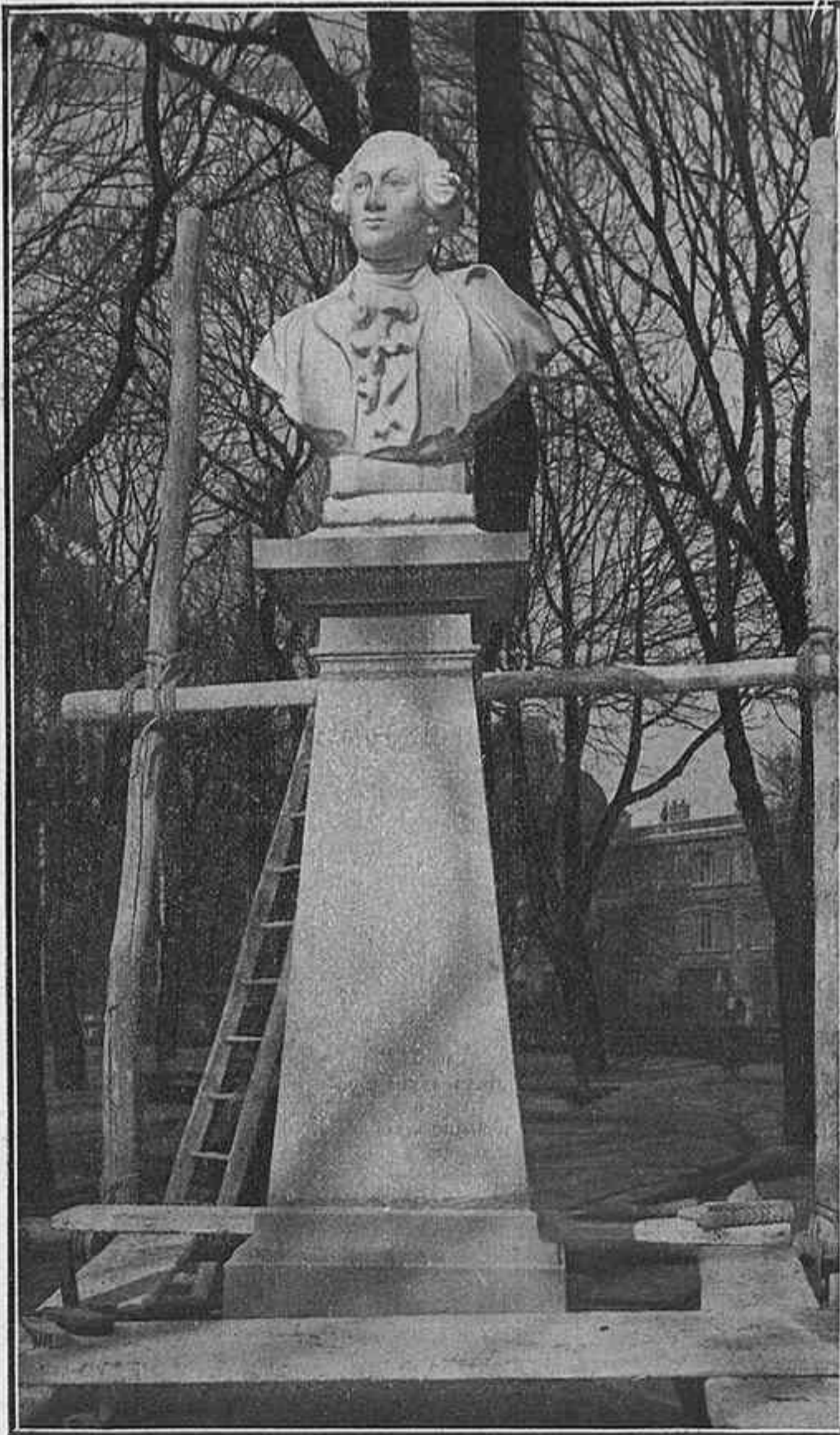
PLANCHADORAS, cuadro de Ricardo Brugada. (Salón Miralles.)



EN EL COLUMPIO, cuadro de Carlos Schultheiss

PARÍS. - MONUMENTO Á GOLDONI

Italia ha celebrado el segundo centenario del nacimiento del gran poeta cómico Carlos Goldoni, que nació en Venecia en 25 de febrero de 1707. Pero no sólo su patria conmemora esa fecha; también en París se ha honrado al que, llamado por sus compatriotas, residió allí por espacio de treinta años, hasta



PARÍS. - Monumento erigido á la memoria de GOLDONI con motivo del segundo centenario de su natalicio. Obra de Eduardo Fortini. (De fotografía de M. Rol y C.^{as})

su muerte, acaecida en 1793, y fué en Versalles profesor de italiano de las hijas de Luis XV.

En recuerdo de tan larga permanencia, el duque de Lodi, presidente de la «Sociedad Dante Alighieri para la difusión de la lengua italiana,» tomó la generosa iniciativa de ofrecer á la ciudad de París un monumento, iniciativa á la que se asociaron las más ilustres personalidades de Francia y de Italia.

El monumento, que el adjunto grabado reproduce, es obra del notable escultor florentino Eduardo Fortini y ha sido erigido en el square de Notre-Dame de la capital de Francia.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 153, 157, 160 y 161)

El pan nuestro de cada día dánosle hoy..., cuadro de Nicolás Maes. - El pintor holandés Nicolás Maes fué discípulo de Rembrandt, y aunque dotado de estilo enteramente suyo y personal, sus obras revelan la influencia de aquel gran maestro por el colorido vigoroso y por la ejecución amplia de sus composiciones. Los cuadros de ese artista, que nació en Amsterdam en 1630 y murió en aquella misma ciudad en 1696, contienen generalmente muy pocas figuras y muchos de ellos una sola y son de una sencillez encantadora. El que reproducimos y que pertenece á la sociedad «Arti» de Amsterdam, la cual lo tiene en custodia en el Rijks-Museum, representa á una anciana ciega rezando el Padre nuestro antes de comenzar su frugal comida; todo en él es plácido, sereno, sobrio, constituyendo una escena de interior que puede presentarse como modelo de pintura de este género.

Inocencia. - Ataviándose para el baile. Cuadros de José M.^a Tamburini. - Hay artistas que buscan la prosa aun en las cosas más ideales; otros, en cambio, hasta en los temas más vulgares encuentran poesía. Tamburini es de estos últimos: un busto, una figura, un paisaje, una escena cualquiera por él tratados, pierden lo que hay en ellos de grosera materialidad para conservar tan sólo el espíritu poético que, en más ó menos grado, entrañan todas las manifestaciones de la naturaleza. Si los muchos lienzos que de ese autor llevamos publicados en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no fuesen ya prueba irrefutable de nuestro aserto, seríanlo los dos que reproducimos en la página 157. Los temas en que están inspirados son muy diferentes: el uno expresa un estado de ánimo, el otro es una escena de la vida ordinaria; aquél un sentimiento tan puro tan inmaterial como la Inocencia; éste un suceso tan vulgar como los preparativos para un baile de máscaras. Pues á pesar de tales diferencias, se advierten en ambos por igual las cualidades que hemos señalado y que caracterizan, no sólo el fondo, sino también la forma de las composiciones de Tamburini, cuyo pincel sabe combinar las coloraciones más delicadas y los más suaves matices.

Planchadoras, cuadro de Ricardo Brugada. - Otro cuadro de costumbres sevillanas nos ofrece el laborioso é inteligente pintor Ricardo Brugada, quien se ha propuesto, seguramente, dar á conocer cuanto pueda retratar el modo de ser de aquella hermosa ciudad, en donde todo sonríe y cobra animación y vida. La prolongada residencia de nuestro amigo en la llama-

da reina del Guadalquivir, le ha servido para hacer gala de sus excelentes cualidades de observador y colorista, produciendo obras tan notables y dignas de alabanza, como la titulada «Despedida,» que tan justamente llamó la atención en una de las últimas Exposiciones Nacionales de Bellas Artes.

En el columpio, cuadro de Carlos Schultheiss. - La mejor crítica que puede hacerse de algunos cuadros es juzgar de ellos por la impresión que nos producen desde luego, sin necesidad de desentrañar sus cualidades técnicas. Tal sucede con el lienzo de Schultheiss, hacia el cual nos sentimos atraídos aun antes de saber por qué nos atrae; es más, después de la grata emoción que mirándolo sentimos, no nos interesa averiguar de qué medios se ha valido el pintor para despertarla; nos basta verlo y exclamar «¡Qué bello, qué encantador!» Y también le basta á un artista ver formulada en esa forma la opinión del público en presencia de su obra.

DIMITRI IVANOVITCH MENDELEJEV

El célebre químico ruso, á quien la *Royal Society* de Londres otorgó en 1882 el premio Davy y á quien se deben, entre otros importantes descubrimientos, la fijación del llamado «Sistema periódico de los elementos,» nació en Tobolsk en 27 de enero de 1834, estudió en San Petersburgo y en 1860 en Heidelberg; fué profesor en los gimnasios de Simferopol y de Odesa, *privatdozent*, en 1856, y profesor, en 1866, de Química de la Universidad de San Petersburgo. Hizo un viaje al Cáucaso y á Pennsylvania para estudiar la industria de la nafta, y en 1890 se le confió la dirección del Instituto Echin de la capital del imperio ruso.

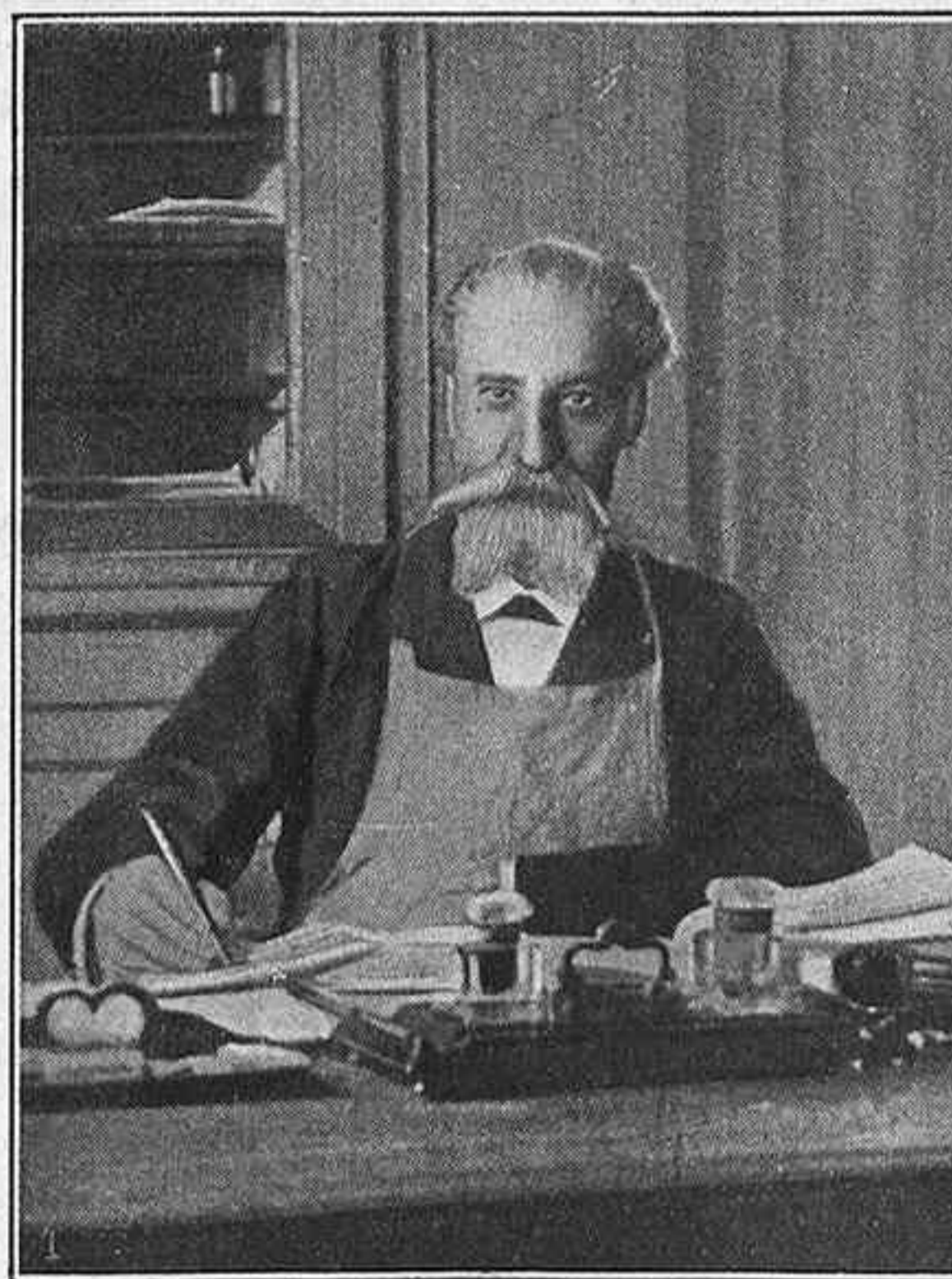
Para que se comprenda la importancia del citado sistema de los elementos por él establecido, bastará decir que gracias al mismo pudo determinar en 1869 hipotéticamente una porción de elementos, desconocidos en aquel entonces y que, descubiertos más adelante, reunían todas las propiedades por él previstas. Tal sucedió, por ejemplo, con el galio, el escandio y el germanio, que se descubrieron en 1875, 1879 y 1886.

El profesor Mendelejev era miembro de honor de las principales academias científicas y su nombre figurará entre los de los sabios más ilustres.

ENRIQUE MOISSÁN

Ha fallecido en París ese sabio ilustre cuyos descubrimientos figuran entre las más notables conquistas de la ciencia de nuestros tiempos, y de quien nos ocupamos en el número 1.302 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de haberle sido otorgado uno de los premios Nobel. Contaba cincuenta y cuatro años de edad y hacía muchos que era célebre; gracias á sus descubrimientos del fluor y de la síntesis del diamante, y sobre todo á la invención de un horno eléctrico, uno de los inventos de más importantes consecuencias prácticas.

Los trabajos de Moissán han abierto nuevos horizontes á la química y nuevo y ancho campo á la actividad humana. Sus conclusiones, resultado de sus constantes y profundos estudios,



ENRIQUE MOISSÁN, eminente químico francés que obtuvo uno de los premios Nobel de 1906. Fallecido en París en 20 de febrero último. (De fotografía.)

completaron y en muchos puntos rectificaron el concepto que se tenía formado de la materia, y sus experimentos fueron además trascendentalísimos desde el punto de vista industrial.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - BARCELONA. - *Salón París.* - Han expuesto recientemente en ese Salón: el Sr. Badrinas una colección de cuadros ejecutados por un nuevo procedimiento que consiste en pintar directamente, sin pinceles, con colores preparados á la cera, y con el cual se obtienen efectos de color

admirables; el Sr. Urgellés (D. Félix), bellísimos dibujos al carbón; D. José Berga, varios paisajes de Olot hondamente sentidos, y D. Francisco Sardá, algunos retratos y un paisaje, pintados con gran acierto.



El célebre químico ruso DIMITRI IVANOVITCH MENDELEJEV, recientemente fallecido en San Petersburgo (Fotografía de A. Drankow, comunicada por Carlos Trampus.)

Espectáculos. - BARCELONA. - En el Liceo se han efectuado los dos conciertos organizados por la Asociación Musical de Barcelona y dirigidos por Sigfrido Wagner. En ellos se han ejecutado los poemas de Liszt *Tasso* y *Orfeo*; las sinfonías de *Tannhäuser*, de *El buque fantasma* y de *Los maestros cantores de Nuremberg*; *Muerte de Isolda*, el *Siegfried Idyll* y la marcha fúnebre de *El crepúsculo de los dioses*, de Ricardo Wagner; y varios fragmentos de las óperas *Der Bärenhüter*, *Der Kold* y *Herzog Wildfang*, de Sigfrido Wagner. Todas estas piezas fueron calurosamente aplaudidas y á Sigfrido Wagner se le tributaron entusiastas y cariñosas ovaciones.

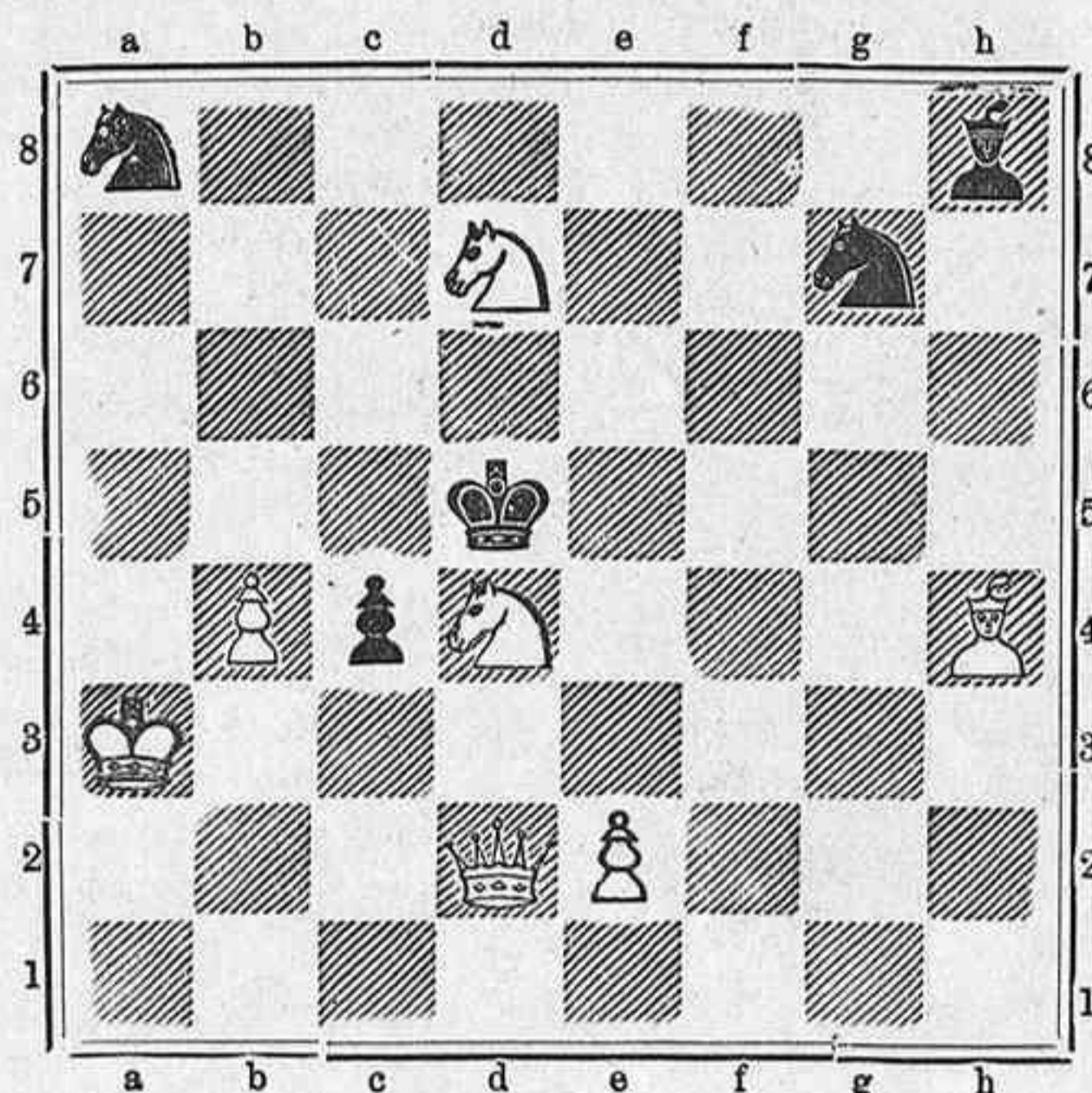
En el Principal ha dado el primero de los conciertos anunciados la Orquesta Filarmónica Barcelonesa, bajo la dirección del maestro Lasalle. Constituyen el programa la *Sinfonía n.º 13* de Haydn, la *Sinfonía n.º 2* de Beethoven y la *Sinfonía n.º 4* de Bruckner, que fueron admirablemente ejecutadas, valiéndose á la orquesta y á su director una serie de ovaciones calurosas.

En Novedades vuelve á funcionar la excelente compañía dramática siciliana, alcanzando todas las noches nuevos triunfos los eminentes artistas Sra. Aguglia Ferrau y el Sr. Grasso, á quienes secundan admirablemente los demás actores.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 454, POR V. MARÍN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 453, POR V. MARÍN.

Blancas.

Negras.

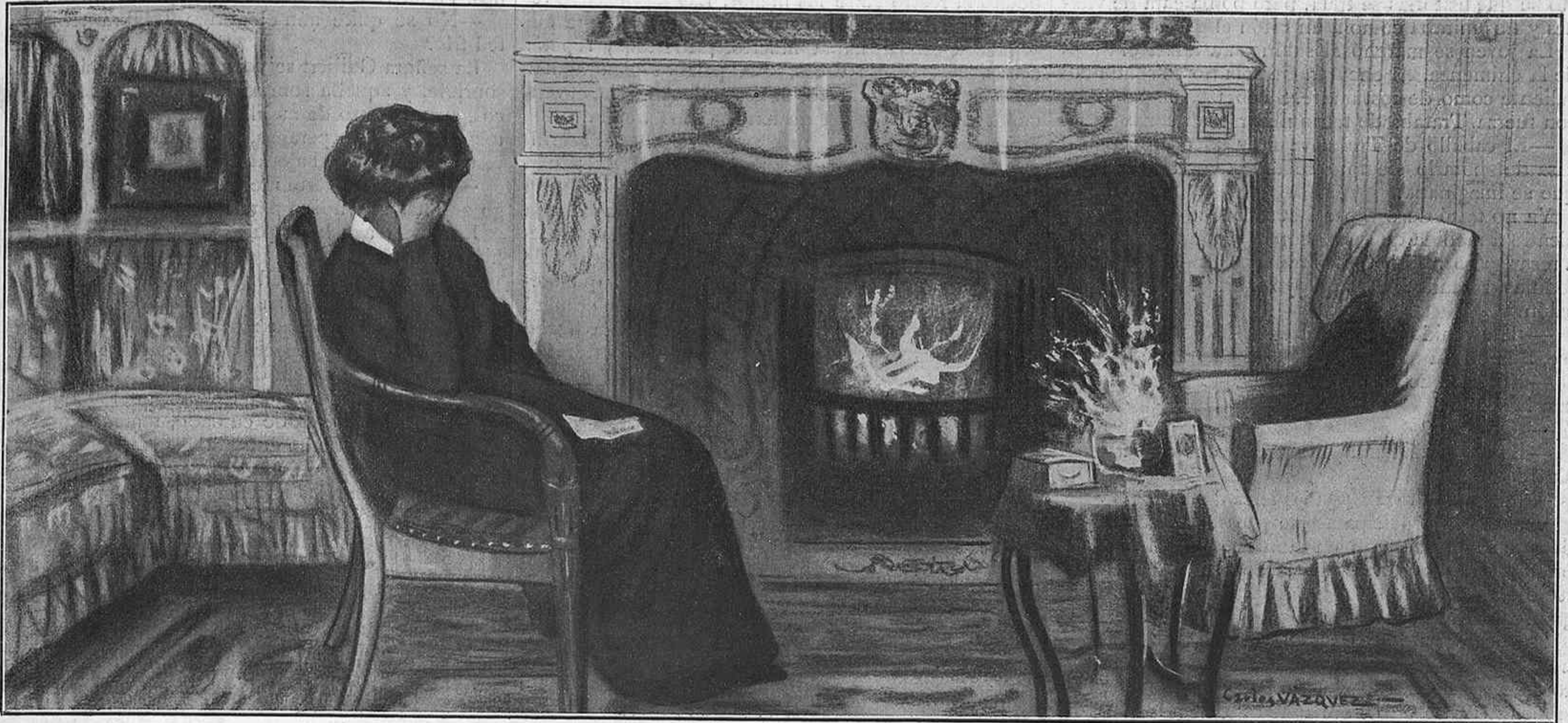
1. Dh1-g1
2. T, D ó A mate.

1. Cualquiera.

NOTA. - Este problema y los siguientes, hasta el n.º 476 inclusive, son los primeros que compuso nuestro gran problemista; en muchos de ellos se ofrecen ideas y primores de ejecución que hicieron presagiar que su autor más adelante había de brillar entre el escaso número de los compositores geniales de nuestro tiempo.

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, coronada por la Academia Francesa.—ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ



Dulcemente le llamó: «¡Marcelo! ¡Marcelo!», y se ocultó el rostro entre las manos

Y ambos se excitaban con toda clase de buenas razones.

—No nos verán.

—Ya es de noche.

—Iremos como particulares.

—Sin la faja.

—El doctor salvó á mi chiquitín.

—Y á mis dos hijas. ¡Muchacha, trae el sombrero!

Y se levantaron bien decididos. Su resolución les enorgullecía. El viejo iba delante de prisa como si fuese un joven. Al llegar á la salida del pueblo se cruzaron en la calle Mayor con el maestro, que daba su paseito fumando un cigarro. Maillard, al verles, se echó á reír.

—¿Van ustedes de paseo?

—No, dijo el alcalde azarándose. Acompaño á Randon.

—¡Pero si vive hacia la otra parte del pueblo!

El concejal dijo disculpándose:

—Voy hasta la tienda de Favre á por un encargo de mi mujer.

—Entonces vamos allá. Les acompañaré. Estaba dando un paseo antes de cenar, y me da lo mismo pasear por un sitio que por otro.

Ni el alcalde ni Randon se atrevieron á confesar su proyecto. Regresaron á Cognin con la cabeza baja, acompañados del maestro, que perorando les anunciaba la edad de oro de la fraternidad...

—Volveré á la caída de la tarde, dijo la señora Guibert á su hija mientras subía al carretón de Trelaz.

Se marchaba á Chambéry para arreglar unos asuntos de familia, pues gracias á la ayuda de Esteban y Francisco, cuyos negocios marchaban bien, y á la de Marcelo durante la expedición del Sahara, habían conseguido conservar el Maupas.

Al ponerse el sol, Paula salió á la escalinata. Aguzó el oído tratando de oír el ruido del coche subiendo la cuesta. En la calma y silencio de la tarde no se oía nada. Como el frío era intenso, corrió á coger un abrigo y siguió esperando.

El campo cubierto de nieve tomaba á la caída de la tarde un color rosado; una especie de pudor virginal le cubría por completo. Las parras y los setos, cubiertos de un fino encaje de escarcha, resplandecían á los últimos rayos del sol. Los bosques sin hojas ya no guardaban secretos, y sus ramas desnudas se proyectaban en el aire.

Paula, unida á aquel rincón del mundo por todas las fibras de su sensibilidad, admiraba los encantos del invierno. El frío la hizo estremecer. Al retirarse de la puerta, un cuervo pasó graznando. Sus alas negras manchaban el pálido cielo.

—¡Ave de mal agüero!, murmuró la joven negligentemente, sin dar importancia alguna á su presagio.

¿Acaso no era propio de la estación? Durante el invierno vuelan por los campos desnudos, cerca de las granjas, buscando algo que comer.

Echó dos leños en la chimenea del salón, arregló el fuego y puso sobre las brasas un jarro con agua. Después fué á traer una copa, una cuchara, la azucarera y una botella de ron, colocándolo todo sobre una mesita cerca del fuego.

«Mamá—pensaba al hacer estos preparativos—tendrá frío cuando llegue. Hace una tarde despejada y muy fría, y se hielan en el carretón descubierto de Trelaz. Un buen fuego y un *grog* calenté le sentarán bien. ¡Pobre mamita!»

Sentóse cerca de la luz y trató de leer *Guerra y Paz*, de Tolstoy, que ya había empezado; pero esta novela, que tanto le interesaba, no consiguió retener su atención. Miró el reloj, que marcaba las seis.

Inquieta, cogió el abrigo que había dejado sobre un sillón y volvió á asomarse á la puerta.

Era ya de noche. Las estrellas temblaban en el firmamento como si tuviesen frío. Aunque no había salido la luna, el horizonte no estaba oscuro. Parecía que una vaga luz subía del suelo y que la tierra toda blanca de nieve iluminaba el espacio.

En el fondo del valle, Paula vió las luces de Chambéry. Escudriñó con la vista el bosque de deshojadas encinas que debía atravesar el coche, buscando la luz invisible de sus faroles. Aguzando el oído prestaba atención á los menores ruidos que los ligeros soplos del viento llevaban hasta ella. El tic-tac de un molino la engañó por un instante. Un ruido estridente que rasgó el silencio la hizo estremecer como un grito de angustia. Después de haber tenido miedo, reconoció la sirena de una fábrica vecina. Durante largo tiempo estuvo apoyada en la balaustrada, atenta y nerviosa.

María, la antigua criada, que les había servido en la buena y mala fortuna, fué á buscarla y reñirla:

—¡Es una locura estar en la puerta con el tiempo que hace! ¿Quiere usted hacer el favor de retirarse? Tomando frío no hará que su madre venga más pronto.

Sin contestar, Paula obedeció. Pero marchó á la cocina á fin de estar más cerca de la puerta. Al oír que ésta se abría, corrió hacia ella y se encontró frente á un campesino de Vimines, que por ironía, dada su miseria, llamaban Barón de apodo.

—¡Ah!, exclamó desilusionada, mientras que aquel buen hombre entraba con toda confianza hacia la cocina.

—¡Buenas tardes la buena gente! Vengo á calentarme un rato.

Trabajaba de vez en cuando como jornalero en el Maupas. Era un vago, que había tenido algo que ver con la justicia, pero á quien el doctor Guibert tenía lástima. Iba al Maupas con frecuencia con el pretexto de pedir trabajo y en realidad á beber un vaso de vino.

—¡Hola, Barón! ¿No ha encontrado usted á mi madre por el camino?

—No, señorita. No he encontrado á nadie.

Sentado delante del hogar, dando vueltas al sombrero que tenía entre las manos, observaba de reojo á la joven y á la criada. Paula salió para ver si venía su madre. La luna plateaba la nieve, derramando una luz mágica y de ensueño. Y aquella dulce luz sólo iluminaba la soledad de los campos.

En la cocina, el campesino decía á la vieja María:

—¿De modo que no sabéis nada?

—¿Y qué hemos de saber?, preguntó la criada poniendo una olla al fuego.

—¡Pues... la noticia que corre por el pueblo!

—¿Qué noticia, viejo chismoso? ¿Cuándo acabarás de decir mentiras?

Desconfiado, creía que se ocultaban de él. Hasta que por fin se dió cuenta de que en el Maupas ignoraban lo que todo Cognin sabía. Al pasar por delante de la mansión hospitalaria, había tenido la curiosidad de ver el efecto de la desgracia. Pero no quería ser el primero en dar la noticia. «¡Ah! No, cada uno que cumpla con su cometido, ¿verdad?» De un trago vació su vaso de vino tinto, no quiso repetir y se levantó para marcharse.

—Y la noticia, Barón, ¿te la llevas á Vimines?

—¡Pues claro!, dijo guiñando sus maliciosos ojos.

—¿De modo que te marchas sin soltarla?

—¡Oh! Ya os lo dirán, y tal vez demasiado pronto.

—¡Siempre igual! ¡Aparentas saber mucho y después no sabes nada!

—¡Vivir para ver! ¡Vieja chocha!, exclamó el campesino desde el umbral de la puerta y con risa sarcástica.

Sin hacer ruido á causa de la nieve, pasó por detrás de Paula, que seguía asomada á la puerta.

—Buenas noches, señorita. ¡Mucho valor! ¡Nunca sabemos cuándo nos hemos de morir!

La joven se estremeció, más por la voz que de pronto oía á su espalda, que por aquellas raras palabras de sentido obscuro. Uniendo aquel vago temor á su inquietud, entró en la cocina.

—María, haznos una buena sopa, bien caliente. Hace un frío capaz de helar las piedras.

Reanimada ante el hogar, añadió:

—Ese Barón me había asustado.

La criada, rebosando indignación, exclamó:

—¡Un vago, incapaz de nada bueno! No me gusta verle por aquí. A su padre de usted, señorita, le rebotaba la bondad cuando pescó esa trucha en aguas no muy limpias. Es un pajarraco de mal agüero; hay que desconfiar de él. Me ha llegado a poner de mal humor. Si la sopa sabe a quemado él tiene la culpa. No sé qué historias se trafa, pero ponía cara de viernes y nos miraba como a un ratón el gato.

La joven se marchó al salón para atizar el fuego de la chimenea. Al encontrarse sola no se sentía tan valiente como de costumbre. Su corazón le palpaba con fuerza. Tratava de tranquilizarse sin conseguirlo.

—El caballo de Trelaz va muy poco a poco. En casa del notario siempre se entretienen más de lo que se imaginan...

Ya no trató de escapar a la ansiedad que iba creciendo a medida que transcurría el tiempo. Se puso a rezar, pero no consiguió tranquilizarse. Estaba de rodillas rezando, cuando oyó abrir la puerta del salón.

—¿Ha venido mamá?, preguntó, poniéndose en pie, a la criada que se asomó a la puerta.

—No. Es que hay un hombre que quiere hablar con la señora.

—¿Quién es?

—Es el guarda rural y dice que viene de parte del alcalde.

—¿El guarda rural? ¿Qué querrá de nosotras?

Y al dar la orden para que pasase se estremeció, porque se presentaron en montón todos los malos presagios de aquella tarde. Se dominó en seguida y recibió al empleado del municipio aparentando una gran calma interior.

Faroux, el guarda rural, era uno de esos campesinos taciturnos é indiferentes que se entregan por completo a su trabajo y dejan pasar los días siempre laboriosos y absortos. Sin embargo, al verse en presencia de Paula Guibert le fué imposible no darse cuenta de la importancia de su misión. A lo largo del camino no había pensado en ello. ¡Cuántos como él marchan sin reflexionar en las cosas más graves y más sagradas!

En pie delante de él, Paula le dijo:

—Mi madre no está en casa. ¿Será igual que me diga usted a mí lo que le trae por acá?

El guarda permanecía callado, azarado, y su silencio aumentaba la angustia de Paula. Al fin balbuceó:

—Señorita, yo vengo para..., vengo de parte del señor alcalde para decirles...

Paula leyó sobre aquella cara que iluminaba la lámpara tanta turbación y embarazo, que se entregó a los más negros presentimientos. Con voz rápida sacudió la pereza de aquel pobre hombre:

—Hable usted. ¿Qué pasa? ¿Ha sucedido alguna desgracia? Mi madre acaso..., ¿le ha pasado algo a mi madre?..

El guarda le interrumpió:

—No. A su madre no le ha pasado nada.

Y volvió a callarse.

—Entonces, ¿a qué ha venido usted? Si tiene usted algo que decirme, dígame pronto. Hable.

Con gesto altivo hablaba con el tono de mando que sabía tomar, como Marcelo, cuando llegaba la ocasión. Su actitud acabó de desconcertar al guarda. Sin saber qué decir, sacó de su bolsillo el telegrama y con mano temblorosa lo tendió a la joven; después quiso retirarlo. Pero Paula ya había cogido el papel azul. Antes de abrirlo pensó en su hermano. Lo leyó de una ojeada, lanzó un grito de dolor, arrugó el telegrama entre sus manos y se cubrió su rostro de una palidez mortal. Pero haciendo un esfuerzo supremo quedó de pie y sin llorar. A aquel hombre que ella creía insensible no quiso darle el espectáculo de su debilidad. Sin embargo, tuvo que apoyarse en la mesa. Este gesto y su palidez fueron las únicas expresiones externas de su dolor.

Un silencio aterrador les envolvió. Por fin Paula dijo sin temblar:

—Está bien. Puede usted marcharse. Muchas gracias.

Al salir el guarda, se acordó de las leyes de hospitalidad campesina y añadió:

—Diga usted a María que le dé de beber.

Pero el guarda pasó corriendo por delante de la cocina y se marchó cual si hubiese cometido un asesinato...

—¡Ah! ¡Dios mío!, suspiró Paula cuando nadie pudo oírle.

Se arrastró hasta la chimenea, y agarrándose a ella con las dos manos, quiso seguir en pie, pero no pudo y se dejó caer temblando en un sillón. Se pasó una mano por sus ojos secos para escapar a la horrible visión. Veía delante de ella, allí mismo, a su hermano tendido sobre la alfombra del saloncito, la frente

abierta y por la herida chorreando la sangre generosa, escapándose la vida. Veía aquel rostro grave, melancólico y altivo, *consciente de su destino*, aquella expresión que nunca abandonó después de la negativa de Alicia; ¡veía aquel rostro inmóvil y helado, de apagados ojos, hermoso y tranquilo en medio de la muerte!

Dulcemente le llamó: «¡Marcelo! ¡Marcelo!», y se ocultó el rostro entre las manos. Las lágrimas se resistían al dolor. Su hermano adorado, del que tan orgullosa estaba, había muerto. ¡Muerto!, y repetía diez veces, veinte veces, esta palabra para agotar todo su horror. ¡Muerto, el héroe de Audriba, el vencedor de Rabat y del desierto! ¡A los treinta y dos años, aquella vida enérgica, audaz y pronta al sacrificio, había sido segada en plena floración! ¡Ay! ¡Cuán poco cariño tenía él a la vida! La despreciaba hacía tiempo. Para ello bastó el encuentro con una tímida muchacha. Y Paula, desesperada, evocaba en su memoria las imágenes en que descubría los signos de la fatalidad: aquella sonrisa sin esperanza que sorprendió en sus labios la primera tarde que le confesó su secreto; aquel gesto indiferente que había hecho al oír los lúgubres gritos de los mochuelos, después de su última entrevista con Alicia; aquel desapego dulce y extraño respecto al porvenir demostrado el día de la partida, sentados sobre el tronco de un árbol, allá abajo, en el lindero del bosque de Montcharvin. Desde años atrás, desde la tarde de la Chênaie, llevaba la muerte en el alma. Nunca jamás había pronunciado el nombre de Alicia; jamás la menor alusión había recordado su amor. Pero vivía sin creer en la vida... Y en aquel rostro querido, evocado con piedad ardiente, Paula descubrió una serenidad profunda, inalterable, definitiva. Entonces lanzó un grito agudo y se arrodilló llorando.

«Sí—pensaba—tú descansas en paz. Nuestro cariño no te bastó para alegrar tu vida. Y nosotras te queríamos mucho, Marcelo. No has sabido cuánto te he querido. Yo no sé expresarlo, pero mi corazón estaba lleno de cariño hacia ti. ¿Por qué no me habré muerto yo en vez de morir tú? ¡Yo que no soy útil a nadie!»

Otra inquietud contribuía a su dolor, inquietud que no quería confesarse en aquellos fúnebres momentos. Marcelo no estaba solo en Timmimoun...

Paula se puso en pie de un salto.

—¡Mamá! ¡Mamá que va a llegar!

El dolor le había hecho olvidar a la ausente. Y dando gracias a Dios que permitía fuese ella quien causase a su madre aquel supremo dolor, lloró, pero no por aquel que se había dormido para siempre, en una mañana de victoria sobre un suelo conquistado, sino por aquella que venía, tranquila, por la oscura carretera, marchando sin desconfianza hacia un abismo. ¿Aquel golpe no rompería aquella vieja vida abatida por tan duras pruebas? Paula buscaba inútilmente en su pensamiento algún consuelo. Sentía a su alrededor la tristeza de un cementerio. ¡Cuántas muertes y cuántas separaciones! Su hermana Teresa muerta a los doce años; su padre muerto en plena vida; su hermana Margarita encerrada en un convento; Esteban y Francisco en las colonias. Quedaba ella sola, y bien sola, para ayudar a su madre a llevar el peso abrumador de aquella cruz. ¡Ay! Ya que era preciso, sabría mostrarse fuerte y sostener con la fuerza de su juventud aquella pobre vejez tambaleante.

Secóse las lágrimas y se lavó la cara.

«¡Ahora nada! ¡Al llegar nada!—repetía pensando en su madre.—Que tenga tiempo de calentarse y descansar. Esta noche le diré que está enfermo. La pobre no ha dormido en toda la noche pasada. ¡Que por lo menos duerma hoy! Mañana su corazón saltará en pedazos. De día el dolor es más soportable que en el horror de la noche, tan parecida a la tumba. Esta noche no le diré nada...»

Y de este modo alejaba de su madre la copa de amargura. Su hermano, desde las lejanas tierras en donde descansaba, con el alma en paz, le gritaba: «¡No le digas nada esta noche! ¡Ha sufrido tanto la pobre!»

Oyóse ruido de pasos. Se apresuró a ocultar el telegrama portador de la muerte. María, la criada, entró en el salón.

—¡La señora! Ya se oye el carrutón en la avenida.

III

NIOBE

—Buenas tardes, mamáita, dijo Paula con ternura casi infantil.

La señora Guibert entró, un poco encorvada, envuelta en un abrigo cuyo forro estaba bastante estropeado. La pantalla de la lámpara le impidió distin-

guir el pálido rostro de su hija al darle un beso. Se acercó al fuego.

—¡Ah! ¡Qué bien se está aquí dentro! ¡Cuán cariñoso se toma a estas cuatro paredes en donde se ha vivido y... conocido la muerte! ¿Te acuerdas, Paula, de nuestra tristeza cuando creíamos tener que abandonar el Maupas?

A la llama del hogar calentaba sus arrugadas manos. Paula vino por detrás a quitarle el sombrero.

—No se quite aún el abrigo. ¿Habrá tenido usted frío?

La señora Guibert se volvió para mirar a su hija y sonrióle, y aquella sonrisa bajo unos cabellos blancos, en un rostro de mejillas aún frescas, de ojos puros y llenos de esperanza, era como una rosa de invierno que florece bajo la nieve.

—Pequeña, el verte me da más calor que este fuego que has encendido para mí.

La joven agachóse para coger el jarro del agua hirviendo.

—Ahora tomará usted un *grog* bien caliente.

Al ponerse de pie, su madre tuvo tiempo de ver iluminado por la luz su rostro pálido como la cera.

—¡Tú eres la que necesitas cuidarte! Estás pálida. Estás enferma y no me decías nada.

La anciana se levantó en seguida del sillón.

—¡Oh! No es cosa de cuidado, mamá. No se preocupe. Tal vez me he enfriado esperándole en la escalinata. Me meteré en la cama en seguida de cenar.

Y para calmar las aprensiones de su madre tuvo el valor de repetir riendo:

—No es nada, mamá; le aseguro que no es nada.

Después, pensando que la luz del comedor alumbraría demasiado su cara, dijo:

—¡Si comiésemos la sopa aquí, cerca del fuego! Estaríamos mejor.

—Pero la mesa estará ya puesta.

—Pronto lo cambiaremos de sitio. Ya verá usted.

—Bueno. Tú estás helada y yo en el carrutón descubierta de Trelaz he sufrido un frío de los demonios.

Al salir su hija, después de echar unas cucharadas de ron en el vaso, añadió:

—Di a María que baje a Trelaz una ó dos botellas de vino, que bien se las ha ganado.

Según la antigua costumbre de Saboya, la familia del colono habitaba la planta baja de la casa.

Paula acababa de quitar la mesa del comedor cuando subió la criada, toda trastornada.

—¡Señorita! ¡Pobre señorita! ¿Es verdad lo que me han dicho? El señorito Marcelo...

La joven la miró y dijo con voz ronca:

—¡Cállate! Ya se lo diremos mañana a mamá. Ahora no.

La vieja María dejó de llorar.

—Barón lo ha dicho a los de abajo. En el pueblo todo el mundo lo sabe. Es preciso ocultárselo a la señora. Será un golpe tremendo. Debemos prepararla.

Y admirando la energía de su señorita añadió:

—¡Qué valiente es usted! ¡Cómo se le parece!

Con sus manos algo temblorosas sirvió la cena y ocultó con los lentes sus ojos llorosos.

—María ya toma mi ejemplo. Se vuelve vieja, dijo la señora Guibert.

En vano trataba de animar la conversación.

—Tú no comes nada, Paula. Estás enferma. Vete a acostar. Te calentará la cama y prepararé una taza de té. Ahora me toca a mí cuidarte.

—No, mamá. Le aseguro que me encuentro bien. María me pondrá una botella caliente en la cama. Usted acuéstese también. Buenas noches, mamáita.

Besó cariñosamente a su madre y se metió en su alcoba. Había agotado sus fuerzas y su valor. Se desnudó con cuatro manotazos, deshizo de un tirón su peinado, apagó la vela, y acurrucándose bajo las mantas, se entregó a un dolor desesperado que hasta entonces había comprimido. Conoció a su vez, en las tinieblas, el abatimiento, la rebeldía y por último la piedad humana.

Lloró por su hermano, por su madre, por ella misma. De cara a la pared, anegada en su pena, ocultaba su cara en el pañuelo, se olvidó del tiempo que pasaba, y no advirtió que su madre se iba a acostar.

Su madre dormía en la alcoba contigua. Al ir a acostarse abrió la puerta que comunicaba las dos habitaciones, suavemente por no despertar a Paula, con el objeto de poder vigilar mejor su sueño. Después, y como todas las noches antes de desnudarse, se arrodilló en su reclinatorio para rezar sus oraciones. Como todas las noches, suplicaba la protección divina para sus queridos muertos y sus amados hijos desparramados por el mundo, y en especial suplicaba la protección divina para el porvenir incierto de Paula y el corazón adolorido de Marcelo. Algo de sordera y sus pensamientos la absorbían y aislaban.

Cuando estuvo en la cama, creyó oír un débil sus-

piro. Escuchó un momento, y no oyendo nada más, se tranquilizó.

«Paula duerme—pensó.—¡Qué pálida estaba esta noche! ¡Pobre hija! ¡Que Dios la bendiga y la haga dichosa!. María también debe haber cogido frío. Tenía los ojos encarnados y las manos temblorosas. Le he dicho que tomara una taza de te con un poco de ron.»

De pronto se incorporó en la cama. Esta vez no se había engañado. Este sollozo comprimido venía de la cama de Paula. Y con el oído atento, por fin oyó los sollozos y lamentos de desesperación. Presa de una horrible angustia se levantó de la cama. Ya no le preocupaba la salud de su hija. Empezaba á explicarse la tristeza que durante toda la noche había notado en el Maupas. Una desgracia había penetrado en la casa antes de que ella llegase, una desgracia que todos, menos ella, sabían, y que debía ser muy grande cuando se la ocultaban con tanto cuidado. Adivinó la presencia obscura y odiada de su antigua conocida, de la muerte. ¿A quién había herido? ¿Qué nueva víctima había reclamado? Y mientras descalza marchaba á tientas en las tinieblas, pasaba revista á sus hijos ausentes, Margarita, Esteban, Francisco, Marcelo..., Marcelo... ¡Sí, era Marcelo!

Empujó la puerta entornada, llegó á la cama de Paula, é inclinándose hacia ella le dijo:

—¡Paula! ¿Qué tienes?

No se atrevía á preguntar nada más.

Su hija, sobresaltada en medio de su dolor, dejó escapar un grito de angustia y de piedad que reveló su secreto.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Mamá!

—¿Marcelo, verdad?, preguntó anhelante. ¿Has recibido malas noticias de Marcelo?

—¡Madre mía!

—¿Está enfermo, muy grave?

—Sí, madre mía, está enfermo.

Paula, medio incorporada, rodeó con sus brazos el cuello de su madre. Dulcemente, pero con firmeza, ésta la rechazó.

—¡Ha muerto!

—Esperemos á mañana, mamá. Mañana tendremos nuevas noticias. Tenga usted valor. No sé nada más.

—Tú has recibido alguna carta ó telegrama. Enséñamelos. Quiero verlos.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! No se atormente de este modo, suplicó Paula con un tono que equivalía á una confesión.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto!, repetía la señora Guibert.

Sentada en el borde de la cama, completamente helada, sentía que de su corazón destrozado huía la esperanza y la vida. En vano se dirigía á Dios, su refugio supremo en los momentos de dolor. Con su rostro sin lágrimas, que causaba espanto, se lamentaba en voz alta:

—¡Ay! ¡Es demasiado! ¡Es demasiado! Yo no puedo más. No, no me resigno. Siempre me he sometido á tu voluntad, Dios mío. Con el alma hecha pedazos he bendecido tu nombre. Pero ahora no puedo más, no tengo fuerzas. Soy una pobre mujer muy vieja y muy débil, y he sufrido más de lo necesario para probarme, Dios mío. ¡Ya no puedo más! ¡Ya no puedo más! ¡Marcelo! ¡Marcelo mío!

—¡Mamá! ¡Mamá!, repetía Paula estrechándola entre sus brazos.

Ésta sentía los estremecimientos de frío que agitaban el cuerpo de su madre, inmóvil en la obscuridad como un árbol fulminado en plena noche. Se levantó, encendió un fósforo, cogió á su afligida madre que se lamentaba, perdida toda resistencia, y sosteniéndola con sus fuertes brazos, la llevó á su alcoba. Allí quiso acostarla, pero no pudo, porque recobrando su voluntad, se incorporó diciendo:

—¡Oh! ¡Quiero sufrir este dolor en pie!

Paula tuvo que vestirla de prisa antes de vestirse ella. Después la llevó al salón, en donde consiguió reanimar el fuego medio apagado. Encendió una her-

mosa llama y sobre las brasas colocó de nuevo un jarro con agua. Callada y desconsolada, iba y venía por el salón con un peinador blanco, pálida, con sus largos cabellos negros caídos en ondas espesas sobre sus espaldas, semejante á un ángel del dolor y de la compasión.

Había colocado á su madre junto al fuego, en un sillón, con una manta sobre las piernas. Esta, herida en las sagradas fuentes de su vida maternal, perma-

ángel para mi consuelo. ¡Y yo me rebelaba! ¡Oh, Dios mío! ¡Tu voluntad me hiere cruelmente, pero bendigo tu nombre!

Recobrando algo de valor, quiso ver el telegrama. Los sollozos interrumpieron muchas veces su lectura, y llorando lo comentaba con Paula.

—Ha muerto como un héroe... Ahora vive la verdadera vida; está junto á Dios.

—Sí, dijo la joven, ha muerto como un vencedor. Ha sido herido en la frente.

Se callaron. Veían la hermosa frente de Marcelo, aquella frente altiva encerrando tan elevados pensamientos, abierta y ensangrentada.

Al fijarse en Paula, la señora Guibert tuvo lástima de ella:

—Vete á descansar. Mañana tendrás necesidad de todas tus fuerzas para ayudar á tu anciana madre.

—¡Oh, no! ¡No quiero dejarle sola!

—Entonces, ¿quieres que recemos? Recemos por él.

Las dos mujeres se arrodillaron. Durante largo tiempo suplicaron para el muerto las bendiciones divinas. Paula, abatida, tuvo que sentarse; pero su madre, sostenida por una voluntad sobrehumana, siguió arrodillada, mientras que por sus mejillas corrían las lágrimas que no se cuidaba de secar.

—Dios mío, decía, aceptad la ofrenda de nuestro dolor y de nuestra desgracia. Al morir en la cruz, vuestra madre estaba á vuestro lado. Pero yo no he estado junto á mi hijo. Dadme fuerzas para soportar esta prueba. No por mí, Dios mío, sino por la misión que aún me queda que cumplir, por mis hijos, por la hija que aún me queda junto á mí. Es demasiado joven para tanto sufrimiento. Yo estoy hecha al dolor; pero sed clemente con ella, protegédla, Dios mío...

Al volverse hacia Paula, vió su cabeza echada hacia atrás descansando en el respaldo de un sillón bajo. La pobre, á pesar de sus deseos, se había dormido llorando. Sus párpados hinchados aún estaban llenos de lágrimas. La señora Guibert se levantó, sentóse junto á ella y co-

giendo piadosamente aquella cabeza tan querida, la apoyó sobre su falda. Los hermosos cabellos negros rodeaban aquel rostro marchitado por las lágrimas y acentuaban su palidez. De aquel modo Paula descansó y su madre veló su sueño.

Ésta la contemplaba, contemplaba sus facciones frescas é inmóviles. Y al propio tiempo veía á su hijo tendido sobre la arena, allá lejos, la frente agujereada, más largo tendido y muerto, que de pie y altivo. Dulcemente le llamó y empezó á hablarle:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! Ahora gozas de la paz infinita. Has sido un buen hijo y un hombre valiente. Sólo lo grande agitaba tu corazón. Tú nos ves, ¿verdad?, tú nos ves temblando y abatidas. Desde el cielo protégenos, protege á Paula. Yo voy marchando hacia la tumba, hacia ti, hacia tu padre. La tierra me atrae. Lo veo y oigo vuestros llamamientos. Pronto iré á reunirme con vosotros.

Y pensando en la muerte, lanzó este lamento desgarrador:

—¡Dios mío! ¿Quién cerrará mis ojos si me vais quitando todos mis hijos?

Con sus dos brazos estrechó amorosamente el cuerpo de Paula que descansaba en su regazo. Y alzando sus ojos anegados en lágrimas, inmóvil, siguió rezando como una Niobe de mármol, suplicando al destino que no le arrebatase su último hijo...

Las primeras luces del alba vinieron á iluminar aquel triste grupo. Empezó la luz del día, una de esas mañanas de invierno en que el frío de la luz hace temblar á la nieve. La anciana seguía rezando. De Dios sacaba su fuerza invencible. Predilecta del dolor, debía beber hasta las heces de la copa de amargura.

Cuando Paula despertó, vió á su madre pálida y helada que le sonreía débilmente.

(Se continuará.)



Había colocado á su madre junto al fuego, en un sillón

neía inerte, sin un movimiento, sin un gesto, sin una lágrima, en un estado de abatimiento más alarmante que la desesperación. No se lamentaba, no rezaba; miraba sin ver y permanecía callada. Agobiada por el destino, parecía indiferente. No sentía dentro de su pecho su corazón mutilado. Se dejaba llevar por la inmensidad de su desastre, como un ahogado se abandona al mar sin fondo.

Paula esperaba, con paciencia, que las lágrimas acumuladas rompiesen por fin aquel horrible silencio, como un torrente represado rompe por fin el dique que se opone á su marcha. Pero la inmovilidad y silencio de su madre se prolongaban. Se acercó á ella, tratando en vano de hacerle beber. Se arrodilló á sus pies, le cogió sus manos y empezó á llamarla.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Hábleme! ¡Hábleme de Marcelo! ¡Hábleme, por favor, hábleme!

Pero no recibió respuesta alguna. Entonces tuvo miedo. Sintió una soledad de muerte. Desesperada, prorrumpió en sollozos:

—¡Mamá! ¡Míreme! ¡Míreme á su hija, á su Paula, á su Paulita!

Su madre pareció salir de un letargo. Vió aquel rostro doloroso y puro que se dirigía á ella con angustia. Un gran estremecimiento la sacudió de pies á cabeza. Y vencida por el dolor, tendió los brazos á su hija, y abrazada con ella, empezó á llorar; y en su debilidad imploraba socorro.

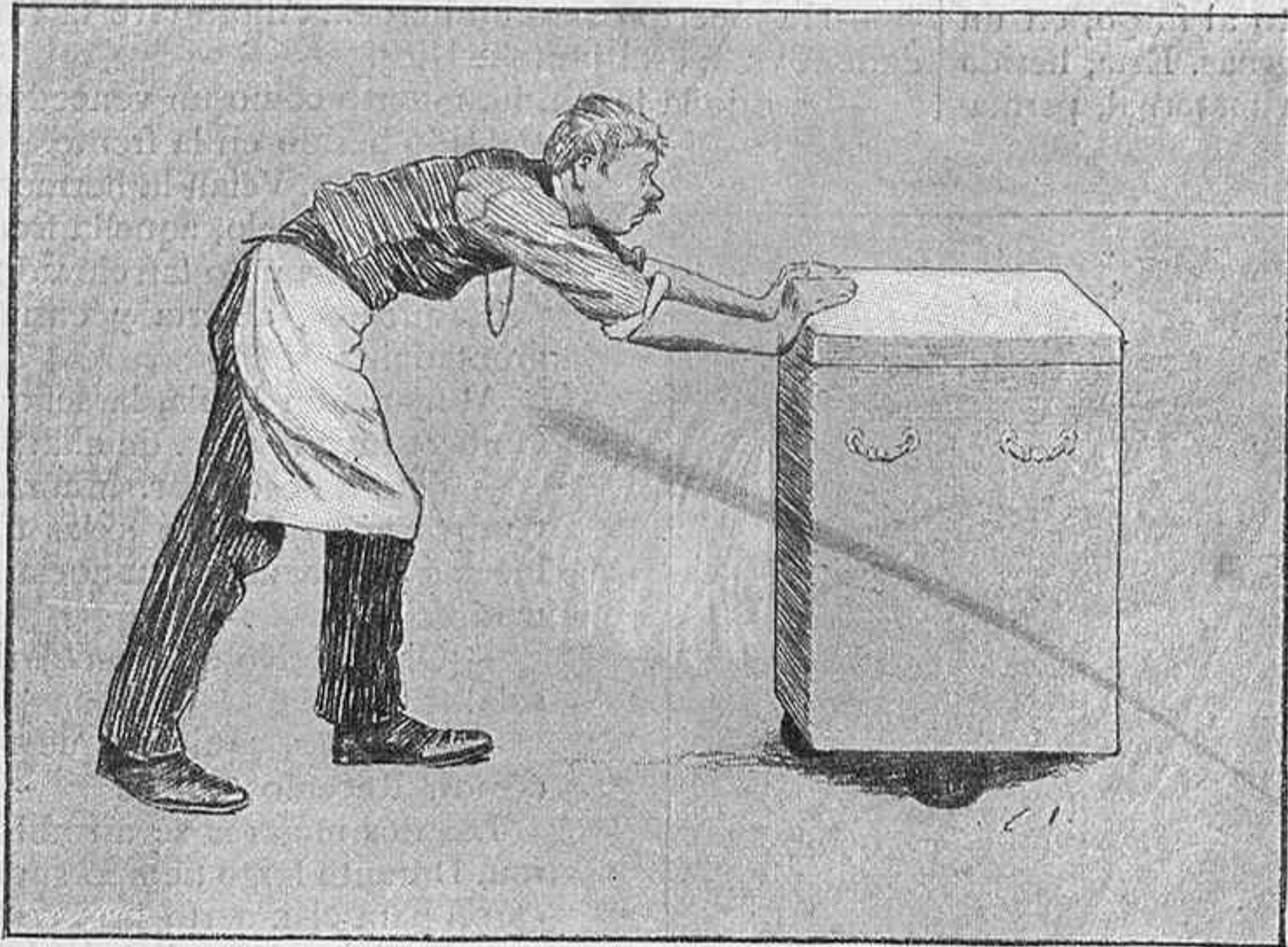
Durante largo tiempo las dos mujeres permanecieron de aquel modo, mezclando sus lágrimas y sus penas, y conociendo la triste dulzura de amarse en medio del sufrimiento.

Cuando la madre pudo hablar fué para dar gracias al Señor.

—Paula, mi querida Paula, ¿qué es lo que he dicho antes? Dios es bueno. Podía castigarme aún más. En medio de mis desgracias, Dios me concede un

LOS BILLETES DEL BANCO DE INGLATERRA

Gracias á la amabilidad de los directores del Banco de Inglaterra, pudo el autor de este artículo obtener el privilegio de inspeccionar los diversos departamen-



Conducción de los billetes que se imprimen diariamente

tos por que pasan los billetes de dicho Banco, desde su aparición bajo la forma de un pliego de papel blanco recién salido de la fábrica, hasta que parece quemado en un horno ad hoc. El procedimiento que se emplea en la manufactura del papel en que se imprimen es un secreto, con mucho rigor guardado, de la razón social que, desde el principio, ha tenido á su cargo el fabricarlo. Lo que principalmente se persigue en su confección, además de que sea de la mejor calidad y de que resista bien el manoseo, es hacer materialmente imposible su falsificación. Lo entregan al Banco en pliegos de un tamaño justo para que, á la vez, puedan imprimirse, en cada uno de ellos, dos billetes, los que resultan con un lado liso é igual y los otros no, por la razón de que, después de impresos, los colocan bajo la guillotina, que los corta por la mitad.

Al recibirse los pliegos en el Banco se les confronta escrupulosamente y se entregan al encargado de la imprenta. Las diez máquinas que se necesitan para imprimir los billetes que diariamente hacen falta, tienen todas una á modo de esfera de reloj donde queda registrado cada pliego á medida que se imprime, y el número total de los registrados, al fin de la jornada, ha de ser



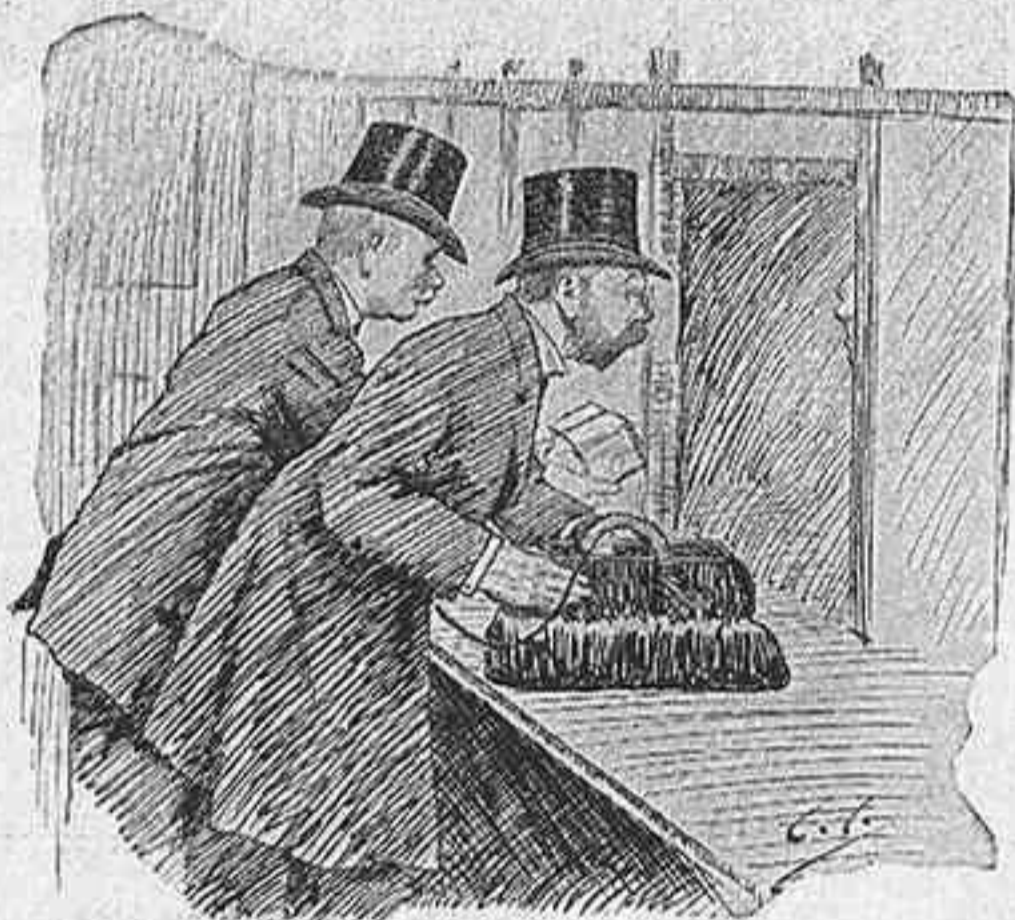
Impresión de los billetes

igual al de los impresos. Además cada fajo de billetes se ha de revisar siempre que pase de un departamento á otro. Así, pues, se ve que es imposible que un billete se extravíe ó sea substraído.

A un extremo de la máquina de imprimir hay un muchacho que con visible indiferencia coloca bajo la prensa aquellos pedacitos de papel que á cada revolución de la máquina van adquiriendo un valor extraordinario. Sesenta mil billetes se imprimen allí cada día.

Los billetes se distribuyen en paquetes de á cincuenta, que se sujetan con una tira de papel verde, de modo que diez hacen un total de quinientos. Al terminar las horas de trabajo, un empleado tiene la obligación de llevarlos, en una carretilla, al tesoro del Banco. Está éste en una habitación grande, casi vacía, en cuyos muros hay empotradas arcas de hierro que les dan el aspecto de un panal de abejas, donde se guardan los billetes y barras de oro y plata propiedad del Banco. Era antes costumbre entregar á los que vi-

sitaban este departamento un paquete de billetes que importaban un millón de libras esterlinas para que lo tuvieran un momento en la mano. El motivo por el cual dejó de practicarse esa costumbre se dice que fué un incidente cómico ocurrido en una visita hecha por uno de los



Empleados de establecimientos de banca recogiendo billetes en el Banco de Inglaterra

shahs de Persia. Al presentarle el paquete de billetes y decirle que podía tenerlos un rato en la mano, no comprendió bien el sentido de las palabras que le dirigían, y suponiendo que sería un regalo que le hacían como recuerdo de su visita, lo entregó á uno de sus acompañantes

para que lo guardara. Hubo las explicaciones consiguientes y los billetes fueron devueltos. Posible es que todo ello sólo fuera una broma algo pesada del soberano, pues se cuenta que le sirvieron de diversión el asombro y perplejidad del empleado del Banco á quien entregó luego el paquete sonriéndose. Desde entonces se creyó prudente suprimir tal costumbre.

Los billetes del Banco de Inglaterra en circulación, es decir, que se hallan en manos del público, representan una suma de 30 millones de libras próximamente. El Banco puede emitir hasta 18.450.000 libras esterlinas con garantía de valores; pero al pasar de esa suma, por cada billete más que ponga en circulación ha de depositar su importe en oro acuñado ó en barras. Así, pues, sufre una pérdida verdadera de unos 12 millones de libras por los intereses que deja de cobrar y por los gastos de impresión de los billetes y los de vigilancia del oro.

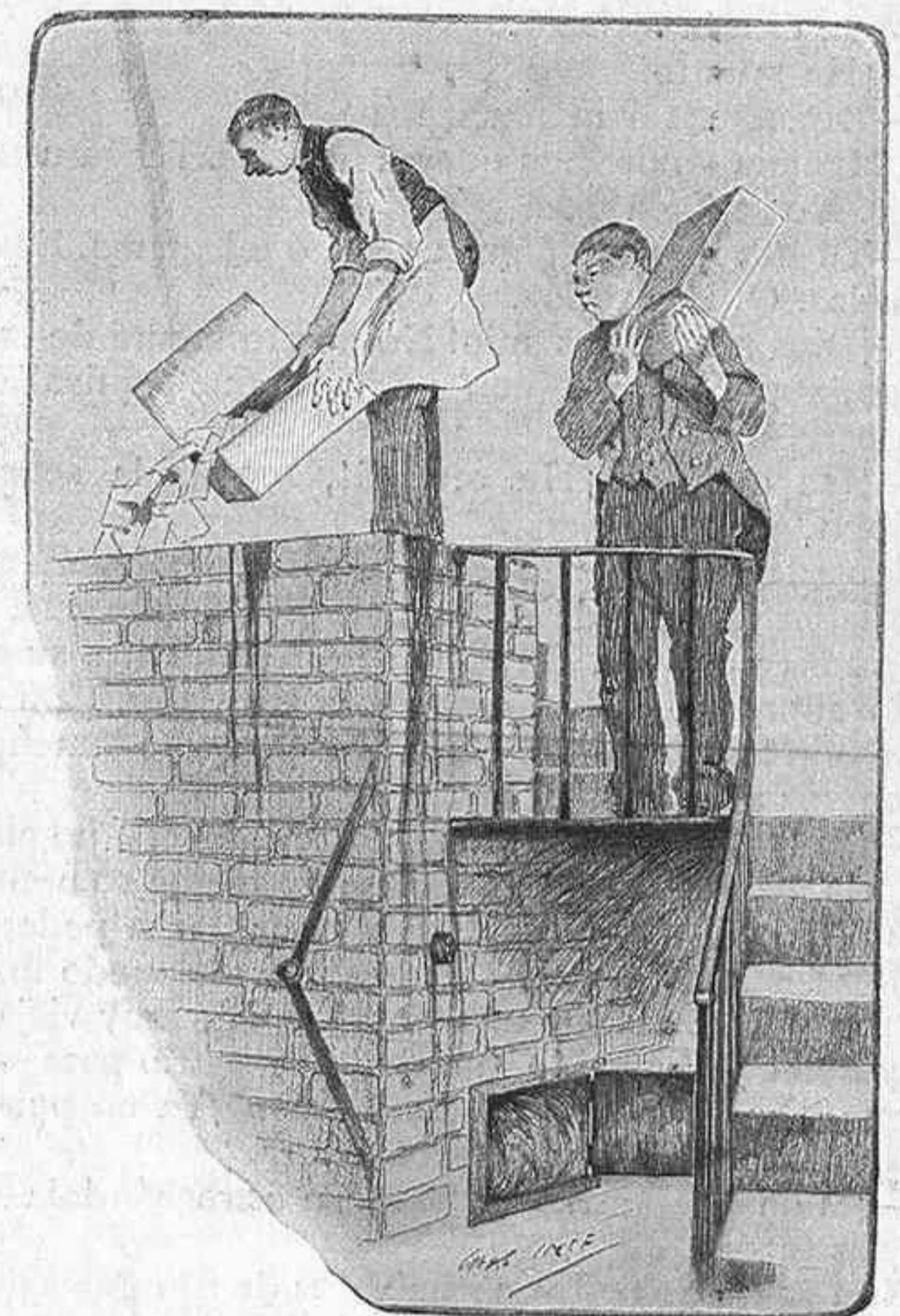
Todos los billetes, exceptuando el número, en proporción pequeño, que el Banco de Inglaterra da directamente, llegan á manos del público por conducto de los otros Bancos. Todas las mañanas se ven, por las calles de Londres, dependientes de dichos establecimientos que se dirigen al de Inglaterra por parejas; uno lleva un maletín sujeto al cuerpo por una cadena, el otro le acompaña para auxiliarle en caso de que trataran de robarle. Van á buscar los billetes necesarios para las transacciones del día de sus respectivos Bancos y de las sucursales que tienen diseminadas, formando una red, por todo el Reino Unido. Muchos de los más importantes requieren cada día 50.000 libras en billetes.



Empleados de establecimientos de banca entregando billetes en el Banco de Inglaterra

Al volver éstos al Banco de Inglaterra, se inutilizan, rasgando la firma del cajero principal. Los fragmentos de las firmas recortadas en un día con frecuencia llegan á pesar 20 libras; esto dará idea de la enorme cantidad y valor de los billetes que se inutilizan diariamente. Después de quitadas las firmas, los billetes se taladran en el registro para indicar que se han pagado y se van separando y reuniendo según la fecha de su emisión. Se envían después á las cuevas, donde se guardan durante cinco años, al cabo de los cuales se queman. Las cajas donde se conservan las van sucesivamente moviendo á lo largo de los estantes hasta que llegan al sitio más próximo á la antigua puerta, muy notable, revestida de planchas de hierro, que da acceso al patio donde está el horno. Todos los días, á las siete de la mañana, se enciende la costosa hoguera, y los billetes que se recibieron en el Banco cinco años antes, en aquella misma fecha quedan consumidos por las llamas; así se destruyen 420.000 semanalmente.

El importe de los billetes pagados en un quinquenio asciende á 91 millones de libras en números redondos. Ocupan 16.000 cajas que, colocadas unas á continuación de otras, ocuparían el espacio comprendido entre Hyde Park y la catedral de San Pablo. Si los billetes que contienen se pusieran unos sobre otros, formarían un montón de 11 kilómetros de altura, y puestos en fila, una faja de 18.955 kilómetros



Cremación de los billetes inutilizados

de largo. Su peso, añadiré, es de muy cerca de 93 toneladas. Sin embargo, tan perfecto es el sistema que en el Banco se observa, que si ocurriera alguna duda respecto á algún billete cambiado de los de aquella colosal colección, los empleados podrían solventarla sin dificultad y, si fuera necesario, presentar el mismo billete á los dos minutos.

La vida de uno de cinco libras, esto es, el tiempo



Empleados de establecimientos de banca dirigiéndose al Banco de Inglaterra para recoger billetes

que permanece en circulación, es por término medio de sesenta y tres días, y la de uno de 1.000 libras, que son los de más valor que se emiten, de unos diez y nueve. Los billetes de valor elevado pocas veces andan mucho tiempo fuera de las cajas de un Banco, porque el hombre experto en negocios sabe perfectamente que su dinero no le produce nada teniéndolo en su poder. El tiempo más largo que un billete ha estado en circulación han sido ciento once años.

Muchas veces han tratado de falsificar los billetes del Banco de Inglaterra, pero muy pocas han conseguido hacerlo con algún éxito. Para ello se necesita mucha habilidad, aptitudes artísticas de orden superior y cierto capital, y por muy bien que se haya llevado a cabo la imitación, no hay ejemplo de que la falsificación haya permanecido inadvertida sino por muy poco tiempo. La primera tentativa la hizo en 1758 un tejedor de lienzos de Stafford llamado Vaughan, que falsificó un billete de 20 libras, que eran los de menor valor que entonces existían. Se le probó el delito y fué públicamente ahorcado. De las tentativas más recientes citaré las hechas bajo la dirección de Schmiat, el más hábil falsificador de los tiempos modernos; pero á pesar de toda su perfección, se descubrieron antes de poder sacar de ellos fruto. Aunque los cajeros del Banco, por regla general, cambian todos los días por metálico billetes por valor de 27.000 libras, nunca hasta ahora han cambiado uno falso.

El Banco de Inglaterra está obligado á dar en moneda corriente en el reino el valor de todo billete que se presente al cambio, y aunque el cajero tuviera cualquier duda respecto á la buena fe del que lo presenta, ó estuviera advertido de que dicho billete había ido á parar á malas manos, tiene, sin embargo, el deber de cambiarlo. Pero inmediatamente avisa en tal caso á uno de los policías que constantemente están de servicio en los pequeños compartimientos cerrados con cristales que se ven á la entrada durante las horas en que el Banco está abierto al público. Otros dos policías están apostados á la parte exterior del establecimiento para



Cueva en donde se guardan las cajas de los billetes inutilizados

el caso de que algún ladrón tratara de escabullirse. Muchos son los usos raros á que suelen destinarse los billetes de Banco. No han sido pocos los casos en que en ellos se han extendido testamentos, y frecuentes son los de servir para cartas amorosas. Se dice que en la época de Nelson, cuando los marine-

ros volvían á Inglaterra con los bolsillos repletos de dinero procedente de las presas hechas, se les veía, cuando estaban algo embriagados ó de buen humor, meter un billete entre dos pedazos de pan y comérselo como si fuera un sandwich.

Sería una lectura interesante la de las vicisitudes por que pasa un billete de banco, si fuera posible escribirlas, desde que sale del establecimiento situado en la calle de Threadneedle, hasta que vuelve á él; algunos están predestinados á no salir de la ciudad que les vió nacer; pero otros recorren el mundo entero, visitando las casas de juego y sirviendo para apuestas en las carreras de caballos; á veces acompañan en sus correrías á los ladrones de profesión.

Los directores del Banco conservan en su poder dos billetes dignos de mención que, con pesar mío, no me han permitido reproducir fotográficamente. Uno es de un millón de libras esterlinas, y es el único que ha existido nunca de semejante valor. El otro es de 1.000 libras, del año 1815, y es el mismo que entregó Lord Cochrane para pagar la multa que se le impuso por haber dado un informe falso sobre la batalla de Waterloo con intención de favorecerse.

Terminaremos este artículo con la siguiente chistosa anécdota. Suele ser costumbre entre los dependientes de Bancos, cuando van á otros á cobrar, el partir por la mitad los billetes que reciben cuando son de un valor mayor que el de 50 libras, metiendo una mitad en el maletín que llevan y otra en un bolsillo, para mayor seguridad contra los robos. Cuéntase, pues, que uno de ellos comenzó á hacerlo así en cierto Banco de Londres, y al verlo una señora anciana que á su lado estaba, le agarró del brazo y le suplicó encarecidamente que no continuase cometiendo semejante locura y preguntándole si sabía el valor de lo que destruía. Al contestarle el otro que acostumbraba siempre tratar á los billetes de aquel modo, se quedó la buena señora haciendo cruces, persuadida de que aquel hombre ó era loco ó un millonario caprichoso.

UN EMPLEADO DEL BANCO.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y obras de arte más célebres, etc., etc.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ANEMIA CLOPISIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de **J. FERRE**, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOYZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
★
AROUD
+ +
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Bône y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS St-Denis, 16

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



BARCELONA. - «LA MARE», DRAMA DE SANTIAGO RUSIÑOL, ESTRENADO CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO ROMEA. ESCENA FINAL DEL PRIMER ACTO (De fotografía de A. Merletti.)

Santiago Rusiñol, el pintor poeta que nos encanta con sus lienzos y con sus obras teatrales nos cautiva, ha logrado con su último drama *La mare*, estrenado hace poco en el teatro Romea de esta ciudad, un nuevo triunfo que añadir á los anteriormente conseguidos con *L'alegría que passa*, *El pati blau*, *El místich* y tantas otras producciones que son joyas del teatro catalán. El interés del argumento, la naturalidad con que se desenvuelve la acción, la verdad con que están trazados y la firmeza con que se sostienen los caracteres, la belleza del pensamiento capital que en el drama preside, el profundo conocimiento de la escena que la contextura del mismo demuestra y los atractivos de un lenguaje en que hábilmente se entremezclan las notas senti-

mentales con los toques del más sano humorismo, todo ha contribuido al éxito extraordinario de *La mare*, que muchos consideran como la mejor obra producida por su autor.

En la interpretación se distinguen de un modo particular la señora Clemente y los Sres. Vinyas, Barbossa y Soler, admirablemente secundados por la señora Parrefio y la señorita Baró, y por los Sres. Piera, Santolaria, Virgili, Daroqui y Capdevila (C).

Las decoraciones de Vilumara son dignas de la justa fama de tan renombrado pintor escenógrafo. - S.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, París.

PECHO IDEAL

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las **Pildoras Orientales**, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS
JORET HONOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.